Michel

Onfray

PENSAR el ISLAM

PAIDÓS

Michel

Onfray

PENSAR el ISLAM

PAIDÓS

Índice

¡Qué pocos reflexionan!

Corán (XL, 58)

Pensar en la post-República

Hace ya bastante tiempo que una gran parte de la prensa políticamente correcta quiere acabar conmigo. No soy de ningún cenáculo, de ninguna capillita, de ninguna tribu; y lo que soy únicamente se lo debo a mis libros desde que Grasset confió en mí y publicó mi primer manuscrito, que le envié por correo postal en 1988. Por obligación profesional, frecuento la Francia de arriba, aunque procedo de la Francia de abajo y —pecado mortal en la post-República— deseo seguir siendo fiel a esa Francia maltratada. Desde que en 1983, con el punto de inflexión del rigor, François Mitterrand empezó a estrangular el socialismo, que desde entonces está muerto y enterrado, cualquiera que como yo siga siendo fiel a la idea socialista es vilipendiado por todos aquellos que, habiéndose apuntado a las traiciones de la izquierda, pretenden haberle permanecido fieles.

Mitterrand traicionó dos veces a la izquierda: la primera vez en 1983, al anunciar una política de austeridad que la izquierda gubernamental nunca ha rectificado. Esa opción ha acelerado el proceso de desaparición de la izquierda no marxista y ha echado a los decepcionados de esta en brazos de una izquierda neomarxista que, en un alarde histórico, consigue decepcionar sin ni siquiera ejercer el poder.

Esa traición de la izquierda ha generado un auge del Frente Nacional, que ahora es el primer partido en Francia y la piedra de toque en función de la cual se definen todos los políticos. Sabido es que el hombre que en el Congreso de Épinay quería acabar con el capitalismo se sirvió del FN para dividir a la derecha y mantenerse en el poder. Fue una apuesta ganadora para él, que fue elegido dos veces, y una apuesta perdedora para Francia, que fue humillada dos veces. Fue una apuesta perdedora también para la izquierda gubernamental que, desde entonces, piensa como Giscard en economía y como Bush I y Bush II en política exterior.

¿Podemos esperar una autocrítica de esa izquierda mitterrandiana? ¡Jamás de los jamases! Francia es muy amante de la contrición, siempre que sea la ajena. El FN creado por esa izquierda de derechas ahora es tildado por ella de fascista, de neonazi, de antisemita, de nauseabundo, de extrema derecha, lo cual le permite no reconocer su papel en la creación de esa monstruosidad francesa.

Denunciar esta operación, que mira el dedo del FN para no mirar las fechorías de la luna liberal, es hacerle el juego al FN. Yo he denunciado esta impostura intelectual. ¡Y por lo tanto le he hecho el juego a Marine Le Pen! *Libération*, que hace mucho por Le Pen al defender esas traiciones iniciadas en 1983, tiene más interés que ningún otro medio de comunicación en hacerme responsable de aquello de lo que es culpable. Seguiré denunciando estas imposturas. Y ellos, por lo tanto, seguirán tratándome de fascista, de antisemita, de islamófobo y finalmente de compañero de viaje de Estado Islámico. ¡Cuanto más gordo el disparate, más fácil es que cuaje!

Ahora bien, el FN es una ficción, un globo, una añagaza, un trapo rojo que excita a los medios de comunicación, embauca al pueblo y no debe engañar a quien persista en querer pensar el FN como se piensa cualquier otro objeto.

La devoción que Marine Le Pen y Jean-Luc Mélenchon han demostrado por Syriza demuestra lo que pasaría con Francia si ellos llegasen a dirigirla: bastaría un movimiento de mentón de los poderosos para que los tribunos redujeran sus pretensiones y acabaran como Tsipras en Grecia, un zombi de la Europa liberal, un rebelde crucificado en la cruz del mercado, un sublevado convertido en esclavo de aquello sobre lo que escupía. Ya no es hora de esperanzas ni de optimismo, sino de realismo y de sabiduría trágica: el barco se hunde. Eso es todo. El *Titanic* no se puede reflotar.

La segunda traición de Mitterrand lleva la fecha de 1991: la de 1983 afectó a la política interior; la de 1991, a la política exterior. Mitterrand, que se hizo filmar en el Panteón en 1981 depositando una rosa roja en la tumba del pacifista Jaurès, abandonó la tradición pacifista de la izquierda francesa para alinearse con el belicismo de la familia Bush.

Desde entonces, salvo el paréntesis Chirac-Villepin, Francia ha participado en todos los bombardeos de los países calificados de canallas. Da la casualidad de que eran países musulmanes, y Francia ha contribuido a matar a cuatro millones de musulmanes. ¿Mis fuentes? El politólogo británico Nafeez Ahmed, que trabaja en la BBC y en el *Guardian*, dirige el Institute for Policy Research and Development de Brighton y enseña en la Universidad de Sussex. Cuatro millones de muertos musulmanes. ¿Acaso no tiene importancia?

¿Alguien se imagina que ese abandono de la tradición pacifista de la izquierda no tiene ninguna relación con el hecho de que Francia se haya convertido en el territorio de una guerra protagonizada por algunos ciudadanos franceses musulmanes integristas que se reclaman de Estado Islámico? ¡A menos que el terrorismo descienda del cielo de las ideas en el cual flotan nuestras conciencias nacionales, que confunden los molinos de viento con caballeros andantes!

Por haberlo dicho me han injuriado, insultado, tildado de todo tipo de cosas. Es cierto que desde que Manuel Valls, primer ministro en ejercicio, considera que *comprender es excusar*, ya solo queda la hoguera o la cárcel como futuro para los filósofos y los sociólogos, los psicólogos y los psicoanalistas, los demógrafos y los historiadores, ¡que son otros tantos genealogistas! Y el mismo destino les espera a los escasos periodistas que aún quieran hacer honor a la profesión rechazando el reclutamiento ideológico que el régimen liberal les tiene reservado.

Esas campañas de calumnias contra mí no han tenido nombre: yo era culpable de lo que decía, culpable del tono en que lo había dicho, culpable también de lo que no había dicho; en realidad, *culpable de ser*, pura y simplemente, y de ejercer mi oficio de filósofo en una sociedad donde la consigna «socialista» ya no es «reflexionemos», cosa que Valls prohíbe, sino «obedeced», cosa que el mismo Valls ordena.

Como a finales de 2015 me veía obligado a hablar cubierto de escupitajos, a pensar cubierto de insultos, a reflexionar cubierto de injurias, a analizar cubierto de invectivas, decidí posponer *Pensar el islam*, dado que la fecha prevista coincidía con la conmemoración del primer aniversario de

los atentados de enero. Pensar en un momento en que yo sabía que solo habría lugar para encender velas y depositar peluches al pie de la estatua de la place de la République no tenía sentido.

La prensa se relamió con una dieta mediática que nunca fue mi fórmula. Pero dejemos eso... Ahora bien, posponer no es renunciar, sino esperar el instante propicio. Di mi aprobación para que se tradujera en otros países. A principios de febrero de 2016, el *Corriere della Sera* editó mi texto. No cabía duda de que tras esa publicación en Italia se traducirían mal algunos fragmentos de mi libro y no tardarían en ser interpretados por algún periodista de la prensa francesa. Por eso pospongo la posposición.

No me hago ilusiones acerca de las recepciones malévolas. Si me apeteciera el pastiche, ya escribiría los textos que publicarán los que no me hayan leído, pero dirán que tenían toda la razón al afirmar que yo era un pensador que le hacía el juego a Marine Le Pen. Sigo siendo fiel a la izquierda de antes de 1983 en materia de política interior y de antes de 1991 en materia de política exterior. Una izquierda social y socialista; una izquierda pacífica y pacifista. Creo que esa izquierda ya no es posible en el marco institucional. Pero este es otro tema. A mi fidelidad, los traidores la llaman traición. Pero los traidores a la izquierda para mí son irrelevantes. Pienso en el pueblo sacrificado y permanezco a su lado. Los de izquierdas que lo han inmolado en el altar del liberalismo desde hace más de treinta años me tratarán de demagogo. No espero otra cosa de ellos. «Demagogo» es el nombre que ahora le dan al puñado de demócratas que aún subsiste.

PREFACIO

Cuando la periodista argelina Asma Kouar me entrevistó sobre la cuestión del islam para el periódico *Al Jadid*, contesté a sus preguntas hasta que me di cuenta de que allí había material para hacer un pequeño libro. No para un libro de especialista en el islam, sino el libro de un ciudadano para quien el islam es una cuestión filosófica y a la vez el libro de un filósofo para quien el islam es una cuestión ciudadana. Pensar el islam no requiere ninguna legitimación más que las ganas de pensar libremente.

Le he añadido un prefacio para contextualizar mis palabras. Para ello cito algunos artículos publicados —o no— en la prensa. Algunos se repiten. He mantenido las repeticiones para no amputar el texto y no perjudicar así su sentido. Que el lector me perdone estos farfulleos.

M. O.

INTRODUCCIÓN

Ni reír ni llorar, sino comprender

Francia decidió intervenir militarmente en Mali en enero de 2013. Yo era contrario a esa intervención como lo fui a las que se decidieron en Afganistán, Iraq y Libia. Como lo soy en la actualidad a la que se ha decidido contra Estado Islámico.

Unos meses más tarde escribí un texto titulado «Las guerras coloniales contemporáneas». Se lo propuse al diario *Le Monde* el 11 de noviembre de 2014 a las 12.33 horas. El periódico me respondió el 12 de noviembre de 2014 a las 16.40:

> Señor Onfray:
>
> El equipo de la sección Débats ha recibido su punto de vista. Lo hemos leído atentamente y le agradecemos su interés por la sección Débats de *Le Monde*.
>
> Desearíamos que nos reservara su artículo.
>
> En cuanto se fije la fecha de su publicación en el diario y/o en su página web le informaremos.
>
> Reciba las más expresivas muestras de nuestra consideración.
>
> El equipo de Débats

El texto no se publicó nunca. Es este:

Las guerras coloniales contemporáneas

> Francia hace la guerra y parece ser que le gusta. De la misma forma que en 1914-1918 la propaganda contraponía la barbarie teutónica a la civilización gala que había que hacer triunfar, nuestros comunicadores contemporáneos contraponen los derechos del hombre francés a la nueva barbarie identificada con el islam. Es asombroso que en Francia, en los medios y entre la clase política que se reparte el poder desde hace medio siglo, el islam goce de un juicio favorable (la famosa religión de paz, de tolerancia y de amor) cuando esas mismas personas

justifican que se mate a poblaciones inocentes pretendiendo que únicamente se apunta a los combatientes en los ataques calificados de quirúrgicos contra un islam local que parece poner en peligro a nuestro país so pretexto de terrorismo.

¿A quién se puede hacer creer que ayer el régimen de los talibanes en Afganistán, el de Sadam Husein en Iraq o el de Gadafi en Libia, hoy el de los salafistas en Mali o el del califato de Estado Islámico amenazasen realmente a Francia antes de que nosotros tomáramos la iniciativa de atacarlos? El hecho de que ahora, desde que hemos tomado la iniciativa de bombardearlos, respondan, digamos que entra dentro de la lógica de la guerra. Pero se confunde la causa con la consecuencia: los regímenes islámicos del planeta solo amenazan a Occidente desde que Occidente los amenaza. Y nosotros solo los amenazamos desde que esos regímenes con subsuelos interesantes para el consumismo occidental o con territorios estratégicamente útiles para el control del planeta manifiestan su voluntad de ser soberanos en su casa. Quieren vender su petróleo o los productos de su subsuelo al precio que ellos decidan y ofrecer sus bases únicamente a sus amigos, lo cual es perfectamente legítimo, pues el principio de la soberanía de los países no tolera excepciones. Si los derechos humanos fueran la verdadera razón de los ataques franceses junto, ¡qué casualidad!, con Estados Unidos, ¿por qué no atacar a los países que violan los derechos humanos y el derecho internacional? ¿Por qué no bombardear China, Cuba, Arabia Saudí, Irán, Pakistán, Qatar? ¿O incluso Estados Unidos, que aplica con fruición la pena de muerte, por no hablar de Israel, condenado desde hace tanto tiempo por las resoluciones de la ONU a causa de su política de colonización en los territorios palestinos? Basta leer el informe de Amnistía Internacional para elegir los objetivos, los hay a porrillo.

Dejémoslo ahí. Los derechos humanos no son más que un pretexto para perpetuar el colonialismo, con la excusa políticamente correcta del factor humanitario, o con el políticamente rentable de apaciguar los miedos de nuestros conciudadanos. El derecho de injerencia teorizado por Kouchner permite a Occidente continuar con su política imperialista sin que lo parezca.

Si acaso hay peligro de terrorismo islámico en territorio francés, y ahora lo hay, es porque aquellos a quienes hemos agredido responderán a nuestra agresión. Deberíamos reservar nuestras guerras para el estricto caso defensivo del que existan pruebas. Atacar diciendo que se actúa de forma preventiva es un sofisma que solo engaña a las víctimas de la ideología dominante. El islam, que no oculta su naturaleza belicosa y conquistadora, merece una política internacional distinta de la de los cañones. Esa política alternativa tendría efectos en Francia. El primero de ellos tal vez sería alejar la amenaza terrorista...

Cuando escribí en ese texto desgraciadamente premonitorio: «El hecho de que ahora, desde que hemos tomado la iniciativa de bombardearlos, respondan, digamos que entra dentro de la lógica de la guerra», aún no se había producido la reacción del 7 de enero. Como todo el mundo sabe, ahora sí se ha producido.

Por la mañana de ese día funesto, entre las ocho y las nueve, Michel Houellebecq era el invitado del programa matinal de France Inter, misa mayor cotidiana de lo políticamente correcto. Escuché ese programa en el que el moderador presentó al novelista que imaginaba un mundo en forma

novelesca como al monstruo que produciría esa realidad si por desgracia acaeciese. Que acaeciese era algo evidente para cualquiera con sentido de la realidad y de la historia. Era cuestión de tiempo. El tiempo fue más corto de lo previsto, ya que Michel Houellebecq hablaba tres horas escasas antes del drama.

Inmediatamente antes del noticiario de las nueve, una «cómica» había hecho su gag. Cuando una se presenta maquillada jocosamente como una mendiga que hace la calle, la ideología puede permitirse cualquier cosa. En antena, la que recibe un salario pagado con dinero del servicio público para hacer reír se pasó de rosca, que es lo propio de la propaganda. ¡Profetizó que los que se dejasen llevar por la «sumisión» a lo Houellebecq, el «suicidio francés» a lo Zemmour, la «identidad desdichada» a lo Finkielkraut o la «razón popular» a lo... Onfray serían considerados responsables de lo que pudiese ocurrir! Por lo tanto, Houellebecq era declarado culpable del siguiente atentado antisemita cometido por un musulmán integrista. ¡Es como si hubiesen hecho responsable a Zola de la condición de los mineros o a Proust del hundimiento de la aristocracia, a Céline de la guerra de 1914, a Malraux de la guerra de España y a Sartre de la náusea!

La señorita, que no había sido graciosa pero que había destilado la ideología de la cadena con sarcasmo, ironía, cinismo y mala leche, me envió después una nota disculpándose, sin que yo hubiese tenido necesidad de indignarme por lo que había dicho de mí; ahora ya estoy acostumbrado al odio y a las mentiras en el servicio público. Tuvo al menos la honradez, y luego la elegancia, de reconocer que respecto a mí se había equivocado y había cometido una «enorme torpeza», no esquivemos las palabras.

Si hay que emplear esta palabra, también hubo torpeza con Houellebecq, Zemmour y Finkielkraut. El periodista jamás se considera responsable de la mala noticia que anuncia, faltaría más. Que dejen pues que los novelistas, ensayistas y filósofos hagan su trabajo y piensen la realidad (aunque se equivoquen, los periodistas también se equivocan, incluso después de que la realidad haya ocurrido), anticipándose un poco a los periodistas, que siempre irán por detrás.

A la hora de comer, al grito de «*Allahu Akbar!*» y «¡Hemos vengado al Profeta!» —todo el mundo lo oyó en la filmación que emitieron hasta la saciedad—, dos franceses musulmanes integristas abren fuego contra la redacción de *Charlie Hebdo*. En diez minutos, la élite del dibujo periodístico político de Francia está bañada en su sangre, el país se halla frente a su historia; no es seguro que el acontecimiento revelara de pronto el sentido de la historia a los periodistas y a los políticos que suplieron la falta de análisis y de decisión estratégica y táctica con el resumen compasivo del eslogan «*Je suis Charlie*». Para los medios, que se nutren más de compasión que de ideas y análisis, el acontecimiento fue, desgraciadamente, una abominable bendición.

Le Point, que quiso proporcionar la ocasión de pensar el acontecimiento lo más rápidamente posible, le dedicó un número especial. Lo ocurrido el miércoles se convertía en una revista en el quiosco ese mismo sábado. Eficiencia profesional. De manera que lo que se publicó fue escrito por todo el mundo en caliente y en directo.

Yo le envié mi contribución a Christophe Ono-dit-Biot. Es la siguiente:

Miércoles 7 de enero de 2015: nuestro Once de septiembre

Son las 11.50 de este miércoles 7 de enero de 2015 cuando a la pantalla de mi portátil llega la información de que ha habido un tiroteo en los locales de *Charlie Hebdo*. No sé nada más, pero que haya habido una ensalada de tiros en la redacción de un periódico es en cualquier caso una catástrofe anunciada.

Poco a poco, voy enterándome consternado de la magnitud del desastre. Cabu, Charb, Wolinski, Tignous, Bernard Maris... Anuncian diez muertos, dos policías, numerosos heridos, se habla de «una carnicería»...

A las 12.50, tuiteo «Miércoles 7 de enero de 2015: nuestro Once de septiembre», pues creo efectivamente que habrá un antes y un después. Esto no ha hecho más que empezar.

Charlie Hebdo es, junto a *Siné Hebdo* y *Le Canard enchaîné*, el honor de la prensa: porque una publicación satírica, y conste que periódicamente se meten conmigo, no deja títere con cabeza, ni falta que hace. Son medios libres porque viven de la fidelidad de sus lectores. Sin publicidad, no tienen que bailarle el agua a ningún anunciante rico, ni adular a ningún accionista, ni satisfacer a ningún dueño multimillonario. No están al servicio de ningún partido, de ninguna escuela, de ninguna capilla: son libertarios, en sentido etimológico.

Sobre las religiones en general, y el islam en particular, esta prensa dice bien alto y con humor, ironía o cinismo lo que muchos piensan y no dicen. La sátira les permite publicar aquello que lo políticamente correcto de nuestra época prohíbe dar a conocer. Al abrir las páginas de la revista, uno podía relajarse y reír a gusto, sobre todo porque en cuestiones de religión el resto de la prensa puede crucificar al cristiano, y hasta está bien visto, pero hay que tener mucho cuidado con los rabinos y los imanes. En *Charlie* se burlan lo mismo de la sotana que de la kipá y del burka. ¿O tal vez habría que escribir «se burlaban»?

Sentado delante de la tele, horrorizado, tomo notas. Asisto a un resumen de lo que es nuestra época: antes de las 13 horas, un periodista egipcio habla en iTélé, dice con firmeza que ¡de nuevo van a atribuirles los hechos a los musulmanes! Incluso a esa hora, habiéndose producido el atentado en *Charlie*, el periódico que publicó las «caricaturas» de Mahoma y que lleva años amenazado por ello, ¡no veo cómo se lo podrían atribuir a Israel o a los veganos! ¡Pero ya se empieza a blandir el insulto de islamófobo contra todo aquel que afirme que lo real se ha producido!

Los elementos lingüísticos probablemente suministrados por los comunicadores del Elíseo invitan a despolitizar los atentados que tuvieron lugar antes de Navidad: fueron obra de unos locos, unos desequilibrados, unos depresivos que además estaban muy borrachos en el momento de los hechos. Aunque gritasen «*Allahu Akbar*» antes de degollar a un policía, eso no tiene nada que ver con el islam. Las familias de los asesinos añaden más agua al vino protestando y diciendo lo buenísimo que era el criminal de su hijo, y su testimonio lo dan por la tele una y otra vez. ¿Quién dice la verdad? *Rue 89*, por dar un ejemplo, habla del «ataque presentado (*sic*) como terrorista (*sic* de nuevo)» en Joué-lès-Tours... Duerman, no se preocupen. Circulen, aquí no hay nada que ver...

iTélé, 13 horas. Una periodista nos dice que François Hollande ha abandonado precipitadamente el Elíseo y que lo han visto «bajar de dos en dos la escalera con su asesor de comunicación». Me froto los ojos. No con el ministro del Interior o con el jefe del Estado Mayor de los ejércitos, no, sino con Gaspard Gantzer, ¡su asesor de comunicación! Llega Hollande. Enhebra cuatro perlas retóricas y se va. En el coche, probable *briefing* con el asesor de comunicación.

Llega el comunicado de la AFP: uno de los asesinos gritó «Hemos vengado al Profeta». Más tarde, pasan una y otra vez un vídeo, y esta frase se oye perfectamente. El periodista egipcio no está allí para decirnos que eso no tiene nada que ver con el islam, pero es lo que dirán otras muchas personas que aparecerán en la pantalla. Por otra parte, es exactamente lo que dice el imán de Drancy, Hassen Chalghoumi. Ni un solo periodista interviene para recordarle que en septiembre de 2012, cuando se publicaron las caricaturas en *Charlie*, ese famoso imán todoterreno y juiciosamente judeocompatible, consideró que la actitud del periódico era «irresponsable». El mismo Hassen Chalghoumi se descuelga con un «nosotros somos las primeras (*sic*) víctimas» en LCI a las 14.07. En efecto, los musulmanes son las primeras víctimas y salen antes que Cabu, antes que Charb, antes que Wolinski, antes que Tignous, antes que Bernard Maris, antes que los dos policías y los numerosos heridos. Antes que sus familias, antes que sus hijos, antes que sus amigos. La letanía del «eso no tiene nada que ver con el islam» continúa. Tanto por parte de la derecha como de la izquierda. ¿Con qué tiene que ver entonces? ¿Ni siquiera es posible decir que tiene que ver con una desviación del islam, con una desfiguración del islam, con una lectura falsa y errónea del islam? No, nada que ver, nos dicen. Es como Estado Islámico, que tiene tan poco que ver con el islam que hay que decir Daesh,

como recomienda Fabius. Por lo tanto, Estado Islámico no mata ya que, al igual que la teoría del género, ¡no existe! Es Daesh, nos dicen. Pero ¿qué quiere decir Daesh? Es el acrónimo de «Estado Islámico» en árabe. Abracadabra...

La clase política continúa ofreciendo su show. Interviene Sarkozy. Bandera francesa, bandera europea, fondo azul, ninguna sigla del UMP: ¡aún se cree que es presidente de la República! Invita a «evitar las amalgamas», pero ¡no dice con qué! Muy astuto.

A las 14.21 interviene Mélenchon en el LCI: «Sabemos el nombre de los que matan: ¡cobardes, asesinos!». ¡Cielos, qué habilidad para evitar las amalgamas! Sarkozy sigue con su verborrea: los criminales serán perseguidos, castigados con toda severidad; habla de firmeza absoluta, de barbarie terrorista, de violencia ciega, invita a no ceder. Los elementos lingüísticos de todo político que no tiene nada que decir y se refugia en lo compasivo; eso hace aumentar la popularidad, como diría el asesor de comunicación. Y además, siempre en aras de la popularidad, ¡se invoca la unidad nacional! Bayrou, Julien Dray, etcétera, todos entonan la misma salmodia.

LCI, 15.05 horas, Emmanuelle Cosse, secretaria de Europa Ecología-Los Verdes invita a... ¡evitar la amalgama! Pero seguimos sin saber con qué. Deplora la ausencia de debates y ¡aún deplora más a los que quieren un debate para saber qué pasa con la amalgama! ¡Eso me huele a una patada en la espinilla de Zemmour o de Finkielkraut! El Partido Socialista dispone de una respuesta a la altura de la carnicería: «una marcha de los republicanos». En efecto, es una respuesta política a la altura de los acontecimientos. Seguro que el presidente de la República, que debe hablar a las 20 horas, volará a la misma estratosfera política.

Pasa una barra informativa en la parte baja de mi pantalla: Marine Le Pen denuncia que se trata de «un atentado terrorista cometido por fundamentalistas islamistas». ¿Por qué una vez más el personal político, suicida, le deja el monopolio de las palabras justas sobre situaciones que todo el mundo comprende? Es en efecto «un atentado terrorista» y ha sido perpetrado efectivamente «por fundamentalistas islamistas». A partir de ahora, quien lo diga ¡será considerado lepenista! El musulmán que no es fundamentalista queda exonerado, lo cual está muy bien; se dice qué tiene eso que ver con el islam al afirmar que es su versión radical y armada, brutal y literal; se da a entender que hay que luchar contra esa corriente y reunir a todos los que están en contra, incluidos los musulmanes; y se dice de un atentado terrorista que es efectivamente un atentado terrorista. El éxito de Marine Le Pen viene en gran parte del hecho de que, dejando de lado sus soluciones, de las que no voy a hablar aquí, en cuanto a constataciones es una de las pocas personas que dice que lo real efectivamente se ha producido. Me gustaría que esa claridad semántica la hiciera suya también, y sobre todo, la izquierda.

Los comentarios se suceden interminables. Mismas imágenes, mismas palabras, mismos derviches dando vueltas. No a las amalgamas, eso no tiene nada que ver con el islam, actos bárbaros... Se anuncian manifestaciones en toda Francia. Me invitan periodistas franceses, teles y radios, estoy en mi provincia y no me planteo ir a París. Entrevistas con dos periodistas italianos, petición de Skype con Dinamarca, quedo con Suiza para una hora en directo al día siguiente a las siete de la mañana. Francia mira al mundo: ¿anunciará Hollande algo que esté a la altura?

Las calles están llenas. Besancenot está en la televisión. «No a las amalgamas y a la utilización partidista», dice. Pero también: «Esto no tiene nada que ver con ninguna idea religiosa». Como los demás políticos. Las multitudes se van formando.

Bajo mis ventanas, en Caen, una inmensa cinta silenciosa, realmente inmensa. Una multitud considerable y silenciosa. Estoy al teléfono con un periodista de *La Repubblica*. Lo siento. Habría querido estar abajo, con ellos, entre la multitud anónima, silenciosa y digna. Pero creo que soy más útil respondiendo en la medida de lo posible a las solicitudes que no paran de llegar por teléfono.

Sueño un poco: imagino que Hollande encontrará en esta prueba terrible para el país materia para corregir su quinquenato tomando decisiones importantes. Tiene el deber de hacerlo, tendría el derecho, le haría falta la audacia y el valor. Esta noche se juega su nombre en la historia.

20 horas. Hollande anuncia: día de luto, banderas a media asta, reuniones con los dos representantes de las dos cámaras y los jefes de los partidos, minuto de silencio en las administraciones y una frase que nadie esculpirá en mármol: «¡Unámonos!».

Pienso en el cadáver de Cabu, en el cadáver de Charb, en el cadáver de Wolinski, en el cadáver de Bernard Maris. ¡En sus cadáveres! En el del policía abatido de un balazo en la cabeza. En el del escolta de Charb. En el de la recepcionista. En los heridos que se debaten entre la vida y la muerte en el hospital. No puedo creerlo. Habrá un antes y un después del miércoles 7 de enero de 2015. Primero porque los que han matado son aguerridos: la operación comando ha sido ejecutada de una forma sobrecogedora. Localización, llegada, método, preguntas sobre las identidades de los periodistas, disparos, carnicería, retirada, cobertura del uno por el otro, disparos contra policías, uno de ellos está en el suelo, los asesinos se acercan, uno le descerraja un tiro en la cabeza, el otro lo cubre, vuelta al coche, tranquilamente, uno de ellos coge una zapatilla deportiva que ha caído al suelo y la mete dentro del vehículo, ni siquiera arrancan en tromba. El policía de la BAC ha muerto; ganaba menos de 2.000 euros; se llamaba Ahmed; él habría podido decir por qué eso no tiene nada que ver. Cabu y los demás yacen sobre su sangre. «Han matado a Charlie», dice uno de ellos. Y añade: «¡Han vengado al Profeta!». Luego ya no son de este mundo.

Esos hombres son soldados, guerreros: el desarrollo de la operación, su preparación y su ejecución, la manera de manejar las armas, los pertrechos de combate con pasamontañas y provisión de municiones sobre el tórax, las ráfagas efectuadas con un kaláshnikov contra el parabrisas del coche de policía, los cambios de vehículo, la desaparición en la megalópolis, todo eso demuestra que son gente que se ha entrenado para la guerra.

Por lo tanto, continuarán. Esos individuos no suelen tomarse vacaciones y fundirse en el anonimato. Quieren matar más y morir luchando, porque piensan que así, yihad obligada y paraíso mediante, se reunirán con el Profeta. Nada que ver con el islam, por supuesto.

¿Podemos pensar un poco el acontecimiento y deshacernos por un momento de la emoción, del *pathos*, de la compasión que no lleva a ninguna parte y con la cual comulgan los partidarios de la unidad nacional? No basta con denunciar la barbarie de los integrantes del comando y afirmar que esos bárbaros atacan nuestra civilización, para creer que ya hemos cumplido.

La misma mañana, en el informativo de las siete, me entero de que Francia ha enviado un submarino nuclear a las costas orientales del Mediterráneo, no lejos de Siria. Estamos en guerra. Y esa guerra fue declarada tras el Once de septiembre por el clan de los Bush. Salvo el episodio que hay que aplaudir de Chirac negándose a participar en ella, desde Mitterrand hasta Hollande pasando por Sarkozy hemos estado bombardeando países musulmanes que no nos amenazaban directamente: Iraq, Afganistán, Libia, Mali, y hoy Estado Islámico, causando con ello un número considerable de víctimas musulmanas desde hace años. ¿Veis adónde quiero ir a parar?

Concretemos. ¿A quién se le puede hacer creer que ayer el régimen de los talibanes en Afganistán, el de Sadam Husein en Iraq o el de Gadafi en Libia, y hoy el de los salafistas en Mali o el del califato de Estado Islámico amenazaban realmente a Francia antes de que nosotros tomáramos la iniciativa de atacarlos? ¡Que ahora, desde que hemos tomado la iniciativa de bombardearlos, respondan entra dentro de la lógica de la guerra! Pero estamos confundiendo causa y consecuencia: los regímenes islámicos del planeta solo amenazan concretamente a Occidente desde que Occidente los amenaza a ellos. Y nosotros solo los amenazamos desde que esos regímenes con subsuelos interesantes para el consumismo occidental o con territorios estratégicamente útiles para el control del planeta manifiestan su voluntad de ser soberanos en su casa. Quieren vender su petróleo o los productos de su subsuelo a su precio y ofrecer sus bases únicamente a sus amigos, lo cual es perfectamente legítimo, ya que el principio de la soberanía de los países no tolera ninguna excepción.

Si los derechos humanos fueran la verdadera razón de los ataques franceses junto —¡qué casualidad!— con Estados Unidos, ¿por qué no atacar a los países que violan los derechos humanos y el derecho internacional? ¿Por qué no bombardear China, Cuba, Arabia Saudí, Irán, Pakistán, Qatar? ¿O incluso Estados Unidos, que aplica la pena de muerte? Basta leer el informe de Amnistía Internacional para elegir los objetivos, los hay a porrillo.

Los políticos, que solo tienen ideas en función de su elección o de su reelección, no han reflexionado sobre la guerra. Miran los créditos de Defensa y recortan para ahorrar, pero no tienen ninguna teoría en relación con la situación actual. La geoestrategia les trae sin cuidado.

La existencia de la URSS legitimaba, por decirlo así, el armamento nuclear para asegurar el equilibrio del terror. Clausewitz en *De la guerra*, que es una obra indispensable en polemología, teorizó los conflictos que tenían que ver con lo que él llamaba la «guerra grande»: la que enfrenta a dos Estados, dos naciones, dos pueblos. También habló, pero mucho menos, de la guerra pequeña: la que también se puede llamar guerrilla.

Lo que tuvo lugar ese miércoles 7 de enero ilustra perfectamente el hecho de que nuestro Estado se esfuerza en pensar contra viento de guerrilla y marea terrorista en términos de guerra grande; por eso el jefe del Estado, que también es el comandante de los ejércitos, entre el anuncio de la próxima película de Trierweiler y la cena con Julie Gayet, a la que hay que ocultar de los *paparazzi*, él, que es el jefe de los ejércitos, ha decidido enviar portaaviones y submarinos en dirección a Siria. ¿Para qué, en un conflicto en el que se lucha en las calles?

Mientras tanto, tres hombres, emblemáticos de la guerra pequeña, con un kaláshnikov cada uno y tres coches robados, pueden decapitar un periódico, poner a Francia de rodillas, mostrar nuestro país desangrándose al planeta entero, diezmar el genio del dibujo satírico francés y no obtener como respuesta por parte del jefe del Estado más que un «¡unámonos todos!». No me cuesta nada imaginar lo que nuestros dibujantes asesinados habrían hecho con esa palinodia de Estado.

Justo después de enterarme de esa información del submarino enviado por Hollande a las aguas cercanas a Israel o al Líbano, France Inter invitaba aquel miércoles a su programa de la mañana a Michel Houellebecq para hablar de *Sumisión*. Ya nadie ignora que esa novela se desarrolla en una Francia islamizada tras un segundo mandato de Hollande. Los popes de lo políticamente correcto le reprochaban desde hacía varios días que anunciaba una guerra civil, y una humorista, o al menos eso dicen de ella, una tal Nicole, incluso bromeaba desdeñosa diciendo que la guerra civil anunciada para dentro de quince años, si algún día se producía, ¡sería un puro producto de esa novela! Y pum, tres horas más tarde, la novela futurista de Houellebecq narraba nuestro presente. Pero, naturalmente, el responsable de lo ocurrido era él.

> Ese miércoles 7 de enero es un día que inaugura una nueva era, desgraciadamente. Cuando caigan los tres asesinos, sea con su sangre, sea en un coche celular, se levantarán tres más. Y cuando esos tres caigan, de nuevo otros tres, y así sucesivamente. ¿No nos han dicho acaso que hay más de mil soldados que han vuelto del frente de Estado Islámico y que están dispuestos a entrar en combate en el territorio nacional? ¿Y ahora qué hacemos? Recordad la excelente película de Mathieu Kassovitz, *El odio*: «Hasta aquí, todo va bien». Hasta el 7 de enero de 2015 era verdad. Hoy ya no estoy tan seguro.

Todo el mundo sabe lo que pasó después. Yo me encontraba en París el viernes 9 de enero, día de la toma de rehenes en el supermercado kósher. La capital estaba en estado de sitio. El Bulevar periférico había sido parcialmente cerrado; anunciaron que había gente retenida en una tienda; unos niños estaban encerrados en una escuela cercana; las sirenas de los coches de policía aullaban por todas las calles; en la place de la Concorde, unos vehículos con girofaros irrumpían en medio de la riada de coches; en la radio, dentro de un taxi, yo estaba oyendo un comentario apocalíptico.

El 9 de enero, el Partido Socialista organizó su respuesta: Bush había respondido errónea y trágicamente al Once de septiembre con una declaración de guerra contra Iraq que no tenía nada que ver. Hollande, a través de Cambadélis, el primer secretario del partido, respondió con... ¡la convocatoria de una manifestación! Cuando la historia hacía irrupción en el quinquenato, en la historia de los socialistas, en la de las francesas y los franceses, en la de Europa, en la del resto del Occidente judeocristiano, el partido que se reclama de Jaurès decretaba una manifestación. Una más.

¿Manifestarse? ¿Para hacer qué? ¿Para decir qué? De hecho, los socialistas eligen una no elección: «Hay que manifestarse porque no sabemos qué hacer ni qué decir», confiesan lastimosamente. Esa manifestación fue silenciosa porque el poder no tenía nada que decir, y el pueblo tampoco tenía nada que decir de ese silencio frente a la ineptitud del poder. Silencio del príncipe; silencio del pueblo; silencio del príncipe ante su pueblo; silencio del pueblo ante su príncipe. Mutismo de ambos. Con semejante programa, ¿cómo podía no ser un éxito?

La manifestación tuvo lugar. Digamos más bien: las manifestaciones tuvieron lugar. La de los poderosos y la de los pordioseros. Los poderosos habían vaciado las casas para llenarlas de tiradores de élite, de militares, de individuos armados hasta los dientes. Los helicópteros sobrevolaban el

único trocito de calle transformado en decorado de cine. Seguro que en las alcantarillas, la soldadesca se pudría en el fango para proteger a los VIP de la política planetaria que desfilaban por encima de sus cabezas y ante las cámaras del mundo entero: en esa manifestación había personajes conocidos por traicionar y engañar a sus electores, por robar a los contribuyentes, por despreciar a los pueblos y mandar disparar contra sus oponentes, por utilizar a la policía para encarcelar a sus adversarios, por violar los derechos humanos a lo largo, a lo ancho y en diagonal. Algunos de ellos formaban parte de los primeros en la lista de los países que Amnistía Internacional califica de canallas. Allí había gente que tenía sangre en las manos. Hollande estaba con ellos, Sarkozy intentaba salir en la foto, también vimos a Bernard-Henri Lévy y a Mahmud Abás, los imanes cogidos del brazo de los rabinos, los pastores y los obispos de fiesta con los jefes de la masonería y del libre pensamiento. TF1 y France 2 me habían invitado a formar parte de los comentaristas en directo del acontecimiento. Decliné la invitación.

También estaba la manifestación de la Francia de abajo. Los pordioseros estaban expuestos. El grupito de las celebridades políticas planetarias, que caminó cincuenta metros en un decorado de cartón piedra a la Trauner antes de replegarse presuroso en sus autocares blindados escoltados por motoristas y guardaespaldas, disponía de la policía, el ejército, los servicios secretos, las fuerzas especiales y demás milicias cubiertas con su caparazón de kevlar. El pueblo estaba disponible para una carnicería que, por suerte, no se produjo. Pero uno o varios kamikazes decididos habrían podido causar un pánico terrible y mortal además de víctimas. Hacer manifestarse al pueblo era correr un riesgo: el PS es capaz de ese tipo de riesgos, a condición de que los asuman otros.

Hollande hizo una incursión entre los pordioseros. Una paloma le soltó una cagada en el hombro. Delante de mi pantalla, por un momento creí que era el moco del doctor Pelloux el que se había derramado sobre el hombro presidencial. ¡Pero no! No era un moco, era una cagada. Los humores van como van. Los supervivientes del equipo de *Charlie* bromeaban: ningún

helicóptero de último modelo había logrado atomizar a la especie volátil. Para los que creen en el cielo, se diría que la cagada la envió él, puesto que los dibujantes habían ido a parar allí.

Éric Fottorino, director de *Un*, me pidió un texto para su número 40 (21 de enero de 2015) titulado «¿Por qué tanto odio?».

Es este:

La escoba del aprendiz de brujo

> Dos franceses musulmanes han planificado fríamente el asesinato de la flor y nata del dibujo satírico francés y han dejado tras de sí una carnicería sin nombre. Francia se ha envuelto luego en una compasión muy propia de nuestro tiempo, ya que aumenta las ventas de papel de periódico, de tiempo de emisión mediática y de cotilleo en las cadenas de información *non stop*. Antiguos miembros del GIGN o del RAID,[1] jefes de los servicios políticos y editorialistas, especialistas de todo tipo, se han distribuido el tiempo de intervención con el anónimo que iba enhebrando las perlas consabidas: «nada que ver con el islam», «hay que evitar las amalgamas», cuando no el obsceno «¡los musulmanes son las primeras víctimas!».
>
> El personal de la clase política seguía la estela de esos sin nombre: ahora todos se llamaban Charlie: los curas y los militares, los rabinos y los imanes, los fachas y los politicastros, en fin, ¡todos aquellos a los que *Charlie*, una publicación a punto de quebrar, les daba patadas en el culo cada semana! Las campanas de Notre Dame repicaron por Cabu, Arrabal habló de premio Nobel póstumo para los dibujantes, ¿y por qué no del Panteón para Charb? Es preciso no haber leído jamás *Charlie* para creer que ellos habrían suscrito esas frivolidades. Uno puede no apuntarse a la compasión que impide pensar ni a la complicidad con aquellos que nos impiden pensar a golpe de kaláshnikov.
>
> Pensar, justamente, es preguntarse cómo hemos llegado hasta aquí. Para ello, apartemos la vista del banderín de enganche y miremos un poco atrás: hagamos un poco de historia, que es el mejor remedio contra la compasión.
>
> Mitterrand convirtió Francia y a los socialistas a la doctrina del liberalismo en 1983. Para hacer creer a sus electores que no hacía la política de Giscard, liberal, europea, generadora de desempleo y por lo tanto de pauperización y por consiguiente de delincuencia y de radicalizaciones diversas, sobre todo islamistas, instrumentalizó a un Frente Nacional que antes de llegar él era grupuscular, hasta hacerlo entrar con 35 diputados en la Asamblea Nacional en 1986 so pretexto de representación proporcional. El FN es la escoba del aprendiz de brujo.
>
> Todo lo que partía la derecha en dos le parecía bueno para mantenerse en el poder y aspirar a una reelección, cosa que se produjo. Para que existiera el FN, hacían falta dos bandos: el bien y el mal, los inmigrantes y los racistas. Dos bandos son el principio del fin para el pensamiento. Para la izquierda liberal eran la seguridad de poder seguir compartiendo el poder con la derecha liberal. Después de Mitterrand, Chirac; después de Sarkozy, Hollande, con un mismo programa: ¡el de Giscard!
>
> La Europa de Maastricht, el nuevo juguete de Mitterrand, debía traer el pleno empleo, la amistad entre los pueblos y el final de las guerras; lo que tuvimos fue el paro masivo, el comunitarismo, la dilución de la República y, ahora, lo que se ha dado en llamar la guerra civil.

El final de la izquierda antiliberal, diluida en los cargos ministeriales del programa común o de la izquierda plural, y luego la caída del Muro de Berlín, dejaron las manos libres al mercado, que la izquierda liberal gestionaba sin problemas de conciencia. Sigue gestionándolo de la misma forma y sigue jugando con el FN, un diablo creado y mantenido por ella.

Entretanto, Francia aplicaba una política esquizofrénica: islamófoba fuera, islamófila dentro. Como ahora. Fuera, tanto con la derecha como con la izquierda, Francia ha bombardeado las poblaciones musulmanas de Afganistán, de Iraq, de Libia y de Mali con el pretexto de luchar contra el terrorismo, que antes de los bombardeos no nos amenazaba directamente. La mayoría de los intelectuales orgánicos han apoyado esas guerras, cuando no las han deseado ardientemente, y pienso en el papel terrible desempeñado por Bernard-Henri Lévy como figura emblemática de esos intelectuales. ¿Cómo hubieran podido esas guerras contra los musulmanes repetidas por todo el planeta desde hace un cuarto de siglo no convertir Francia en objetivo? Que es lo que es actualmente.

Islamófoba fuera, Francia es islamófila dentro. En efecto, el islam en Francia se ha representado como si no tuviera nada que ver con el islam planetario. Eso es desconocer el sentido de la *umma*, que designa la comunidad de todos los musulmanes del planeta. También es ignorar la reivindicación de los asesinos de *Charlie*, que invocan a Al Qaeda en el Yemen, aunque son franceses: porque la comunidad, la *umma*, no entiende de fronteras ni de naciones. El islam es una religión desterritorializada cuyo mensaje circula por internet, que reúne en tiempo real a los que están separados en el tiempo y en el espacio por todo el mundo.

Los medios dominantes repiten a coro, y con ellos la clase política, la cantinela de un islam que es «religión de paz, de tolerancia y de amor». ¡Es preciso no haber leído nunca el Corán, los hadices del Profeta y su biografía para atreverse a defender semejante cosa! Si uno aducía esos textos pasaba por un literalista islamófobo. La publicación de mi *Tratado de ateología* hace diez años me mostró la magnitud del desastre. ¡Y al mismo tiempo la incultura de los que más que islamófilos son liberticidas!

La izquierda liberal y la izquierda antiliberal comulgan con esta tesis dejando el campo libre a Marine Le Pen, que se adentra con alegría, y desgraciadamente con éxito, en ese vacío dejado por la contradicción de la izquierda. No hay una diferencia de naturaleza sino una diferencia de grado entre el islam pacífico del creyente integrado en la República, que lleva una vida normal convirtiendo en principio la famosa sura «no está permitido forzar a nadie a creer», y el islam de los que se basan en otras muchas suras del mismo Corán que resultan ser antisemitas, falócratas, misóginas, homófobas, belicistas y guerreras, y matan en nombre del libro que también dice que no hay que matar.

La inepcia del personal político, que ya no tiene más perspectiva que acceder o mantenerse en el poder, ha desesperado a gran parte de los franceses. Algunos votan sin ilusiones, otros ya no votan; algunos fingen y algunos abrazan ideologías prefabricadas, entre las cuales la religión cumple admirablemente esa función; otros se refugian en un retiro egocentrista. También están los que se dejan tentar por la violencia: Robespierre vuelve a ser un modelo para algunos; otros esperan ansiosos «la revolución que viene» y no parece que vaya a ser pacífica, otros miran de reojo hacia Mao o Lenin, y hasta a veces hacia Stalin. Y están los que convierten a los fedayines de la década de 1970 en sus modelos de pensamiento y de acción. A eso hemos llegado. ¡Desgraciadamente!

¡Qué lástima no tener hoy en la izquierda a un Chevènement capaz de aplicar fuera una política proárabe que no sea antiisraelí, y dentro una política claramente laica que no deje que ningún peón se posicione en una estrategia antirrepublicana en el tablero francés.

Poco a poco los intelectuales van proponiendo su pensamiento del «7 de enero». Peter Sloterdijk hace de los miembros del comando «simples criminales sedientos de gloria», «asesinos de la sociedad del espectáculo», y encuentra en esa masacre la virtud de despertar a una Francia dormida y solidarizarla con Europa; Alain Badiou ve *Charlie Hebdo* como una revista racista que vehicula la ideología policial «para que se carcajee el lepenista harto de vino», según escribe totalmente en serio, y convierte el atentado en «un crimen de tipo fascista» que la próxima revolución comunista hará pronto definitivamente imposible; Emmanuel Todd decreta que el islam es la religión minoritaria de los oprimidos y transforma a los que se manifestaron el 11 de enero al grito de *«Je suis Charlie»* en unos antisemitas que expresaban así disimuladamente su odio a los judíos; Tahar Ben Jelloun afirma que el Profeta invitaba a sus soldados a hacer la guerra sin matar a mujeres, niños ni ancianos, sin destruir las casas, sin estropear los árboles, y luego deplora que el islam esté en el banquillo de los acusados; André Glucksmann afirma, a raíz de este atentado, que «las primeras víctimas son musulmanas»; Malek Chebel dice de los asesinos que «matan por una causa que finalmente (*sic*) nada tiene que ver con la religión»; y así sucesivamente.

El innegable retorno de lo religioso ha adoptado en Occidente la forma del islam. Este retorno hay que pensarlo con el espíritu de Spinoza: libre de pasiones, sin odio y sin veneración, sin desprecio y sin ceguera, sin condena previa y sin amor a priori, con el simple afán de comprender. Estas páginas no son más que una conversación sobre el tema. He intentado inscribir mi reflexión en el espíritu de las Luces, cuya llama parece cada día más vacilante.

Entrevista

En su Tratado de ateología *usted critica severamente los «tres monoteísmos», afirmando al mismo tiempo que Occidente se equivocaría si despreciase el islam. Pero usted personalmente, ¿conoce bien el islam?*

Al igual que el judaísmo, no lo conozco tan bien como el cristianismo, que es la religión en la que me educaron mis padres y la que ha generado la civilización de la cual soy producto. Pero, de la misma manera que he leído el Talmud, también he leído, pluma en mano, el Corán, los hadices del Profeta y la Sira, además de varias biografías de Mahoma y una serie de obras sobre la historia del islam. No conozco tan bien la historia del islam en el mundo como la historia del cristianismo. Pero sí que he viajado por países donde el islam está presente: Argelia, Marruecos, Túnez, Libia, Egipto, Mali, Mauritania, Líbano, Turquía, Palestina y Emiratos Árabes. Por lo tanto he visto la pluralidad de las diferentes voces del islam en la práctica y sé que las hay más flexibles, que insisten más en la dimensión espiritual y universal, y otras más rígidas, que reivindican la dimensión teocrática y política. En cuanto al concepto de barbarie, se trata evidentemente de un juicio de valor: claro que puede parecer bárbaro degollar a seres humanos cuya única falta consiste en ser ciudadanos de países belicosos contra tal o cual país musulmán bombardeado por Occidente, pero me parece igual de bárbaro matar a víctimas civiles inocentes, mujeres, niños y ancianos, con un armamento tecnológico perfeccionado (aviones furtivos, drones, bombas...) en Afganistán, en Mali y en otros lugares musulmanes del planeta, so pretexto de que nos amenazan supuestamente en nuestros propios territorios, cuando nosotros mismos hemos creado el terrorismo al pretender que queríamos evitar su exportación. No olvidemos que las guerras enriquecen a los industriales estadounidenses, que son por otra parte los donantes de las campañas demócratas y republicanas de los candidatos a la Casa Blanca.

Usted no ignora que las palabras pueden tener una enorme influencia en las mentes... La laicidad, por ejemplo: ¿qué hay que entender detrás de esta palabra? ¿Qué entiende usted?

Deberíamos ponernos de acuerdo sobre qué es la laicidad. Yo no soy de los que hacen de ella una religión, con sus dogmas intangibles situados fuera del tiempo. No creo, por ejemplo, que la famosa ley de 1905 sobre la separación de las Iglesias y el Estado sea un dogma: creo en la historia y en la inscripción de las leyes dentro de ella. La configuración de 1905 no es la misma que la de 2015: a principios del siglo pasado, el islam existía de forma completamente marginal, mientras que el cristianismo era dominante. Actualmente, el islam es una religión exponencial, en plena forma, con la fuerza de lo que Nietzsche llamaba la «gran salud». Hay que pensar la laicidad a partir de esta nueva configuración. Hay que ser pragmático y no ideólogo: el pragmático negocia con lo existente, mientras que el ideólogo piensa a partir de ideas desconectadas de lo real.

En enero de 2015, Francia pasó por unos acontecimientos trágicos que en cierta forma recuerdan la conmoción que se produjo después del Once de septiembre...

La emoción es un asunto privado y personal. Por mi parte, me siento espinozista. Spinoza escribía, como es sabido: «Ni reír ni llorar, sino comprender». No quiero caer en la compasión, que es el carburante de los medios y de los políticos de la política partidista que aspiran a ser elegidos o reelegidos. Los medios no necesitan que la gente piense, sino que los mire en el momento en que emiten la publicidad que los subvenciona. Necesitan, por lo tanto, un máximo de telespectadores delante de la pequeña pantalla en el instante en que se lanza el reclamo, como se decía antes, o la propaganda consumista, como podríamos decir hoy. Ahora bien, el máximo de gente se concentra delante de la pantalla con el escándalo, el sexo, la violencia, la emoción, el suceso, y no con la reflexión o el análisis. Lo que sucedió el 7 de enero no hay que abordarlo con el *pathos*, porque es hacerles el juego a los medios y a los políticos liberales, que invocan la

civilización contra la barbarie y la libertad de expresión contra el oscurantismo, cuando lo único que quieren es vender sus mercancías consumistas; hay que abordarlo con la razón.

A raíz de los atentados de París, han sido muchos los que han optado por avivar las brasas de una islamofobia latente. ¿Qué piensa usted de ello?

En primer lugar, decir que en el Corán hay suras que propugnan la guerra, que invitan a matar y degollar a los infieles, y recordar que el propio Mahoma fue un jefe guerrero que entraba personalmente en combate desempeñando en él su papel no debería considerarse islamofobia. ¡A menos que neguemos que el Corán es el Corán y que el Profeta tuvo la vida que tuvo! Son muchas las suras que legitiman las acciones violentas en nombre del islam. Otras, no tan numerosas, aunque también existen, propugnan el amor, la misericordia, y rechazan la coacción. Uno puede reclamarse de las unas o de las otras. Obtendremos entonces dos maneras de ser musulmán. Dos maneras incluso contradictorias.

Islamófobo remite, a causa del sufijo *fobo*, al miedo: tener miedo al islam no es detestar el islam, cosa que expresaríamos con el prefijo *mis*, como en misántropo o misógino, lo cual daría *mislámico*, por emplear un neologismo. *Islamófobo*, dicen, es una palabra inventada por el Irán de Jomeini para estigmatizar a todos los oponentes a su régimen. Existen verdaderos militantes del odio al islam, sean cuales sean sus formas. Pero también existen personas que preferirían un islam que optase por las suras pacíficas y no el islam que se apunta a las suras guerreras: ¿es ser islamófobo preferir la paz a la guerra? No lo creo.

En cuanto a los que son tildados de islamófobos y lo único que han hecho ha sido anunciar lo real en forma filosófica, política, panfletaria o novelesca —pienso respectivamente, sin juzgar la pertinencia de sus palabras, en Alain Finkielkraut, Renaud Camus, Éric Zemmour y Michel Houellebecq—, no se les puede hacer responsables de lo que simplemente han anunciado. Sería tan ridículo como denunciar y hacer responsable al radiólogo que, a la vista de las radiografías, nos anunciara la mala noticia de un cáncer.

Las causas de lo acaecido no hay que buscarlas en quienes dijeron hace años que lo que se ha producido se produciría, sino en los políticos de la derecha y la izquierda liberal que se suceden en el poder y que han generado en Francia la miseria, la pobreza, el paro, el iletrismo, la incultura, que han celebrado el culto al dinero y al éxito como horizonte insuperable, que han enterrado cualquier forma de espiritualidad en aras del becerro de oro y que, fuera de Francia, han desarrollado una política islamófoba bombardeando muchos países, desde Iraq a Afganistán pasando por Mali. Estos son responsables y culpables, sí. Pero no unos filósofos, unos escritores, unos ensayistas y unos novelistas que hacen su trabajo.

¿Puede la integración —o la no integración— de la comunidad musulmana en Francia ensombrecer la relación de los franceses con el islam?

Claro que sí. Francia no se ha hecho querer, ni cuando uno ha nacido en su territorio, ni cuando ha llegado después, ni cuando ha nacido en el país con padres o abuelos llegados hace dos o tres generaciones. Desde que en 1983 la izquierda ha dejado de ser de izquierdas para convertirse en liberal y europeísta, haciendo de un corrupto como Bernard Tapie el modelo de éxito social recompensado con un cargo de ministro, desde que esa izquierda, con el diario *Libération* a la cabeza, ha clamado de una manera terriblemente obscena «¡Viva la crisis!», desde que la derecha y la izquierda liberal hacen una política económica parecida y votan a favor de todas las guerras contra el islam desde Iraq hasta Estado Islámico pasando por Afganistán y Mali, Francia no ha dado de sí misma una imagen que a uno le complazca amar. Que algunos no amen esa Francia lo entiendo, porque tampoco es la que yo amo. Que unos jóvenes la abandonen por una vida de aventuras, de ideales, de acción, de compromiso es algo que puedo comprender, ya que la República ha dejado de ser capaz de proponer la aventura, el ideal, la acción y el compromiso para erigir como modelos a los actores de serie B, a los locutores de la tele, a unos futbolistas descerebrados, a actores de cine, a cantantes de concursos televisivos...

Desde el día siguiente de los atentados de enero, una gran parte de la opinión creyó que debía escoger como eslogan «Je suis Charlie». ¿Le parece un eslogan acertado?

El pueblo ha muerto y ha sido sustituido por un populacho fabricado por los medios de comunicación de masas. Desde hace años, el gran formador de las conciencias ya no es la escuela, que también se ha vendido al mercado y a los ideólogos, sino la pantalla: la televisión, la red, el tuit. Los medios de masas, por definición, masifican: transforman a los pueblos en muchedumbres y es sabido que las muchedumbres no piensan, no reflexionan, no analizan, sino que se agregan y caminan como un solo hombre detrás de un eslogan. «Je suis Charlie» fue un eslogan que impidió pensar, que es lo que quieren los medios de masas que saben que un pueblo que no piensa se convierte en una masa fácil de conducir, de guiar, de gobernar.

La prueba es que Hollande ha dado un salto de 20 puntos en la opinión pública simplemente buscando el contacto con la masa, seguramente inspirado por su asesor de comunicación, para decir que formaba parte de ella, cuando acababa de manifestarse para los medios en una calle con una seguridad impresionante y en compañía de los grandes de la Tierra, algunos de los cuales pisotean diariamente los derechos humanos.

¿Hemos llegado a comprender las causas reales del terrorismo?

Para eso haría falta una política con mayúsculas, y nuestros políticos no son capaces. Francia ya no tiene los medios económicos y financieros ni tampoco los ideológicos para llevar a cabo esa política internacional asimilable al neocolonialismo. ¿Por qué, cuando se pretende luchar contra el terrorismo en nuestro suelo, se bombardean pueblos afganos que no nos amenazan y en cambio no se hace nada contra los países de los que sabemos a ciencia cierta que están claramente implicados en el terrorismo internacional, puesto que lo financian, como es el caso de Qatar o Arabia Saudí, por ejemplo?

Ya se ve que no es contra el terrorismo contra lo que luchamos, sino contra pequeños países indefensos fáciles de bombardear para ayudar al comercio de los vendedores de armas, que son los que hacen la ley en

Estados Unidos y, por lo tanto, en todo el planeta. Francia no se queda atrás, por cierto, en el tema de la venta de armas: no se pueden fabricar y vender armas de guerra sin utilizarlas algún día. Esas guerras contra pequeños países desarmados no son gloriosas sino despreciables. ¿Qué hicieron los gobiernos guerreros, entre ellos Francia, contra Pakistán, que dio cobijo a Bin Laden durante años? Nada. Bien es verdad que Pakistán posee la bomba atómica...

Lo ideal sería que Francia procediera a un cambio radical de política y dejase de querer imponer su ley en el planeta en nombre de los derechos humanos, cuando actúa motivada por intereses económicos, financieros, estratégicos y geológicos. Ha llegado la hora, para un Estado débil como el nuestro, de renunciar al imperialismo planetario para construir una neutralidad que nos obligue a implicarnos militarmente solo cuando esté amenazada la seguridad de la nación y siempre tras un referéndum. Hasta que agredimos a Iraq en 1991, esos pueblos no nos amenazaban. En cambio, los diferentes presidentes de Estados Unidos necesitaban convertir estos pueblos en enemigos amenazadores de su seguridad para dar salida a sus armas. ¡Baste recordar la terrible mentira de Estado de Colin Powell cuando mostró en la tribuna de la ONU en 2003 un tubo de ensayo en el que supuestamente se concentraban las pruebas de que Sadam Husein poseía armas químicas de destrucción masiva!

¿No es injusto tomar como objetivo a los musulmanes? ¿Creer que el islam es globalmente «responsable»?

Hay dos formas de ser musulmán, según que uno construya su islam sobre las suras que dicen «Exterminad a los incrédulos hasta el último de ellos» (VIII, 7) o sobre estas palabras extraídas de la Sira: «Todo judío que os caiga en las manos, matadlo» (II, 58-60), «Matad a los politeístas dondequiera que los encontréis» (XVII, 58); o sobre estas otras: «No está permitido forzar a nadie a creer» (II, 256), o bien: «El que salva a un solo hombre debe ser considerado como si hubiese salvado a todos los hombres» (V, 32). Recordemos de paso que esa misma invitación, y en los mismos términos, la tienen los judíos (Mishná Sanedrín, 4, 5). Los segundos pueden

en efecto decir del islam que es una religión de paz, de tolerancia y de amor, pero en detrimento de las suras de los primeros que sí hacen posible un islam de guerra, de intolerancia y de odio.

Lo mismo ocurre con el cristianismo, que permite, si uno se reclama del Jesús que ofrece la otra mejilla, perdona los pecados, responde al odio con el amor, propugna el amor al prójimo y el perdón de los pecados, un cristianismo pacífico, tolerante (el de Montaigne), o que permite lo contrario si uno se reclama, en los mismos Evangelios, del Jesús que expulsa a los mercaderes del Templo a latigazos (el momento de los Evangelios preferido por Hitler) o dice: «No he venido a traer paz, sino espada» (Mateo X, 34-36), una espada que se convertirá en el símbolo de san Pablo, con el cual el cristianismo oficial ha construido su ideología más que con el Jesús de paz, de tolerancia y de amor, que jamás habría hecho posibles las Cruzadas, la Inquisición, el Índice, la colonización y el genocidio de los pueblos de América.

¿No hay una parte de violencia injustificable en esa suspicacia hacia el islam?

En efecto, hay una suspicacia que hace que uno no sepa quién es musulmán y quién no lo es; ni quién, cuando lo es, se reclama de las suras de paz o de las suras de guerra. La barba, el atuendo y el velo hacen pensar que ese islam reivindicado y ostensiblemente visible lo alinea a uno en las filas de los defensores de un islam guerrero y conquistador. La implicación de ese islam de guerra en cierto tipo de delincuencia útil para financiar las operaciones de los comandos (tráfico de armas, de drogas, atracos) hace que se asimile fácilmente a todo ladronzuelo que roba un coche en las barriadas con un terrorista islamista en potencia. La asimilación de toda persona de color o de aspecto magrebí con un delincuente y con un terrorista islamista en potencia es el toque final. Entonces nadamos en una confusión que impide el análisis fino y la reflexión sutil. El delito de facies es, por desgracia, el que se impone.

¿Hay que luchar por la laicidad?

Ya he explicado que la laicidad es un concepto vivo y no un dogma muerto y, por lo tanto, hay que pensarlo de forma contextualizada. Están los hechos contra los cuales no podemos nada; por ejemplo, que en Francia existe una comunidad musulmana exponencial. Eso hay que tenerlo en cuenta. ¡No se trata en absoluto, so pretexto de «Gran Sustitución», de «devolver a su casa» a unas personas que ya están en su casa! Sea porque han nacido aquí, sea porque sus padres han nacido en Francia, o sea porque, convertidos recientemente al islam, pueden presumir de ser franceses desde hace mil años. Me opongo a toda política de expulsión, ni que sea homeopática y mediática. Y más aún a expulsiones en masa, que son el signo de identidad de los países totalitarios.

Por lo tanto, hay que acomodarse a la realidad. Y la realidad son varios millones de musulmanes que viven en Francia. Si uno es ideólogo en materia de laicidad, recita el catecismo: aquí no se financia ningún culto. Consecuencia de semejante ideología: los cultos serán financiados por países extranjeros que tienen interés en hacer del islam una religión de combate contra Occidente. Las mezquitas no se construirán con dinero público, de acuerdo; se mantendrá pura la idea laica, sin que importen las consecuencias, pero las mezquitas existirán de todas formas y se convertirán en lugares de propaganda antirrepublicana. Si uno rechaza y recusa la ideología, la República tiene que acomodarse a esa realidad prescindiendo de fantasmas y promover un islam republicano que se apoye en las suras pacíficas. En tal caso hay que formar a los imanes, vigilar los lugares de culto para que no sean lugares de propaganda terrorista y, de esta forma, luchar de verdad contra los que solo creen en las suras belicosas.

Usted escribe a menudo que el islam «enseña a decapitar». ¿No es dar una lección de moral un poco curiosa por parte de una nación que inventó la guillotina?

Soy un ferviente partidario de abolir la pena de muerte, bajo todas sus formas: desde la guillotina de Robespierre hasta las bombas del ejército francés lanzadas sobre las poblaciones afganas, sirias o iraquíes, pasando por el asesinato de los dibujantes de *Charlie Hebdo*, del policía y de los judíos que hacían sus compras en un supermercado kósher. Como ateo que

soy, no participo en ningún concurso para ver quién es más cruel en materia de religión. Estoy en contra de todas las crueldades, incluidas las que se cometen en nombre de una religión, sea cual sea. Y no me hará usted defender la Inquisición ni las Cruzadas, ni la guillotina ni las guerras. Mi ateísmo tampoco me lleva a absolver los crímenes cometidos en nombre del ateísmo...

Todas las comparaciones son odiosas, pero no puede negarse que el islam en Europa es una religión que está en auge. Dispone de lo que Nietzsche llamaba la «gran salud», como acabo de decir, puede en efecto reivindicar un gran número de fieles en todo el mundo, un ejército de hombres y mujeres dispuestos a combatir y a morir por ella, lo cual constituye un dinamismo evidente. El problema ya no es pues el cristianismo, sino lo que Europa, que está en fase de desmoronamiento tras más de mil años de existencia, va a hacer con esa guerra declarada contra ella en nombre de unos valores distintos de los suyos. La islamofobia, de la que ya he hablado, no es el tema, salvo que a uno le interese la etimología: el terrorismo pretende inspirar miedo, es una de sus armas. ¿Quién puede decir que no tiene miedo a perder la vida en un atentado, en un tren de cercanías o en un avión, en la calle o en una manifestación, al pasar por delante de una sinagoga o por encontrarse en el lugar de un atentado terrorista, cuando ese terror forma parte de una promesa dirigida contra nosotros y está realmente activado?

Muchos afirman que el Occidente «neoliberal» es política y moralmente pornográfico, idólatra y enemigo de toda trascendencia. ¿Qué opinión le merece?

¡Los que piensan esto no andan tan descaminados! Occidente ha llegado al final de su camino, Europa está moribunda, no resucitará y, como todas las civilizaciones en fase de desmoronamiento, muestra signos de decadencia: el dinero rey, la pérdida de todas las referencias éticas y morales, la impunidad de los poderosos, la impotencia de los políticos, el sexo desprovisto de sentido, el mercado que se impone a todo, el analfabetismo masivo, el iletrismo de los que nos gobiernan, la desaparición de las comunidades familiares o nacionales en aras de las tribus egotistas y

locales, la superficialidad convertida en regla general, la pasión por los juegos circenses, la desrealización y el triunfo de la negación, el reino del sarcasmo, el «sálvese quien pueda»...

Una coalición no es posible ni pensable. Cuando una civilización se derrumba mientras otra parece hallarse en plena ascensión planetaria, se crea una relación del débil frente al fuerte, y jamás se ha visto que uno que era fuerte y se ha vuelto débil, en este caso Occidente, sea considerado con magnanimidad, generosidad y clemencia por el que era débil y se ha vuelto fuerte.

Usted defiende la laicidad, pero el islam, como usted bien sabe, vale para todos los tiempos y todos los lugares. ¿Debemos, por lo tanto, hacerlo «compatible» con la República? ¿Y qué entiende usted por «un islam que hay que modernizar en profundidad»?

Un islam que, dentro del Corán, dé prioridad a su parte pacífica. Pero ahí una vez más, según lo que acabo de decirle, ¿quién puede tener interés en ser pacífico cuando ahora puede ser conquistador? Sobre todo porque intrínsecamente el Corán es palabra de Dios, y no se puede elegir según el propio capricho lo que Dios ha manifestado. La contradicción está en el texto: los que profesan un islam ilustrado tienen razón, está en el Corán; pero los que profesan un islam belicista y conquistador también tienen razón, porque también está en el Corán. Todo depende de lo que uno extraiga. Quien quiera la paz a priori tendrá suras que le darán la razón; pero quien quiera la guerra a priori también dispondrá de otras suras que le darán la razón.

En el Nuevo Testamento teníamos la misma contradicción: en los Evangelios, Jesús dice: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mateo XXII, 21 y Lucas XX, 25); pero en la Epístola a los romanos (XIII, 1), san Pablo también dice: «No hay autoridad que no venga de Dios». Por una parte, si uno se reclama de Jesús, puede justificar la laicidad con la separación de lo espiritual y lo temporal; por otra parte, si uno toma como base a Pablo, liga de forma indisoluble lo espiritual y lo temporal. Durante más de mil años, lejos del Jesús de paz, de tolerancia y

de amor, la Iglesia, el Vaticano, las Cruzadas, la Inquisición, los genocidios amerindios..., todos se basaron en el Jesús furibundo en el Templo y en esa terrible frase de Pablo.

Me parece que en el Corán no hay ninguna sura que disocie los dos regímenes: el espiritual por un lado y el temporal por otro. Al mismo tiempo que una espiritualidad íntima y personal, una religión privada, el islam es una política, y como religión de Estado es intrínsecamente teocrático. La democracia no forma parte del ideal islámico. Pero ¿quién no estaría de acuerdo en que la democracia convertida en lo que es hoy no resulta nada deseable y puede ser criticada o incluso reprobada?

¿Cómo justifica usted el hecho —basado en la «circular Chatel»—[1] *de que las mujeres con velo estén excluidas de las excursiones y viajes escolares?*

Yo lo vengo diciendo desde hace tiempo: el problema no es el velo. Ni ayer ni hoy. No creo que exista ningún peligro en un viaje escolar con otros padres por el hecho de compartirlo con una madre que lleve velo. La clave está en el islam que uno elija dentro de un libro que permite al menos dos interpretaciones, o que presenta al menos dos puntos de fuga extremos, uno hacia el sufismo y el otro hacia el yihadismo. El problema es este último, no el velo de una madre de familia en una excursión escolar. Una mujer con velo que se reclame de las suras pacíficas es menos problemática que otra que, con la cabeza descubierta, se reclame de las suras belicosas. El velo en sí no dice nada de forma unívoca.

¿No cree usted que los musulmanes tienen derecho a rechazar esta islamofobia institucional?

¿*Los* musulmanes? Son muy heterogéneos. Además, están dispersos, mal representados y no hablan con una sola y misma voz. Lo que hay que examinar es la primacía de la *umma*, la comunidad musulmana desterritorializada, sobre cualquier otra comunidad: ¿es posible la República cuando uno depende de otra comunidad, espiritual y religiosa? Antiguamente los judíos, que sin lugar a dudas también formaban una

comunidad espiritual y religiosa, supieron formar una comunidad republicana: pienso en Raymond Aron. La mejor forma de luchar contra la islamofobia es construir un islam republicano.

¿No estamos asistiendo a una confusión entre el islam como política y el islam como religión?

No hay error en decir lo que se halla en el Corán. Y el Corán no separa jamás el islam y la política, la religión y el Estado. Por otra parte, la *sharia* es la ley coránica que por lógica se impone cuando uno quiere vivir íntegramente según el Corán. El intelectual que lo dice no hace sino repetir lo que halla en los textos. Que los hombres interpreten el texto como quieran: según el espíritu o según la letra. Vivir según el espíritu del islam permitiría elegir en el Corán los hadices y la Sira que quieren la paz; pero eso no sería vivir según la letra, que supondría elegir en esos textos reconocidos como sagrados por todos los musulmanes aquello que propugna la guerra.

El expresidente Sarkozy declaró que prohibiría el velo si volvía a la política. En la época de su primer mandato, ya prohibió el burka. ¿No estará confundiendo el «burka» con el «velo»?

Sarkozy solo ve una cosa, como Hollande desgraciadamente, y es la posibilidad de ser presidente en el próximo quinquenato. Todo le parece bien con tal de volver al poder. A Hollande y a él no les importa en absoluto Francia, lo único que les obsesiona es el poder. Esa obsesión instrumentaliza el islam: es mucho más responsable y culpable que los intelectuales que tratan de pensar la realidad.

¿Qué le autoriza a ver al profeta Mahoma como un hombre de guerra cuando solo quería imprimir la humildad y la bondad en el corazón de los hombres?

Si nos limitamos a la Sira, y ningún musulmán que yo sepa ha considerado jamás que se trate de una falsificación, sino que todos reconocen que narra de verdad la vida del Profeta, encontramos en ella estas

informaciones que someto a su reflexión: cuando vuelve a Medina, Mahoma le notifica a su sobrino, que le decía que solo había encontrado entre los combatientes a ancianos sin cabellos, que los ha degollado.

Y luego lo siguiente: en cuanto a Uqba, que le pregunta antes de morir: «Mahoma, ¿quién alimentará a mis nietos?», el Profeta le contesta: «El fuego», y le corta la cabeza (I, 643-646).

Y a continuación esto: el poeta judío Kab ibn al Ashraf, que escribió unos textos indignados tras el asesinato de los suyos en Badr, fue apuñalado hasta la muerte por orden de Mahoma (II, 51-58).

Y acto seguido: el marido de Cafiyya se niega a decir dónde esconde su tesoro: los musulmanes lo torturan y luego le cortan la cabeza (II, 336-337).

Y otra información más: Huyavv es conducido ante el Profeta, con las manos atadas, rajado por todas partes, y Mahoma le dice: «No siento en absoluto haber sido tu enemigo», y luego le corta la cabeza (II, 241).

Y esta última: cuando la batalla del foso, en la que se enfrentan judíos y musulmanes, Mahoma se propone poner fin a tres años de guerra larvada con los judíos venciendo en el combate. Declara que todos los hombres de la tribu de los Qurayza serán decapitados y sus mujeres junto con sus hijos. Casi un millar de judíos son atados y degollados uno tras otro al borde de una fosa común: «El cataclismo cayó sobre ellos y a la mañana siguiente yacían en sus moradas» (VII, 78).

O bien lo que dice este texto es falso, y entonces hay que denunciar de inmediato esta falsificación y demostrar primero que se trata efectivamente de una falsificación, o bien lo que dice es cierto, y entonces hay que asumir esas informaciones. No es casual que el hadiz de Bukhari (IV, 73) reproduzca estas palabras de Mahoma: «Sabed que el paraíso está a la sombra de las espadas».

¿No tiene usted la impresión de que va demasiado lejos? ¿De que está utilizando textos secundarios para lanzar el oprobio sobre el Profeta, cuya infinita sabiduría todo el mundo reconoce?

Para poder seguir avanzando, debemos resolver una cuestión: ¿el islam reconoce sí o no el texto de la Sira como fuente? Me he permitido citarle referencias concretas y hechos concretos para responder a su desagradable insinuación de que yo *pretendía* conocer el texto. No me ofenda creyendo que no he leído los textos que cito, a diferencia de mucha gente que jamás se ha tomado la molestia de leer el Corán y los textos que usted misma reconoce como legítimos en lo tocante a la biografía del Profeta.

Los historiadores de los que usted habla pueden decir lo que quieran, pues todo el mundo puede decir lo que quiera, aunque sea contradiciendo las pruebas. Por mi parte, no juzgo el islam de oídas, sino por lecturas que no son islamófobas ya que son las fuentes mismas del islam. ¿Es uno islamófobo cuando cita el Corán sin comentarlo o cuando cita hechos narrados en la Sira? Si es así, tenemos un problema, pues cualquiera que se refiera a las fuentes en contra de la leyenda y la vulgata será tratado de islamófobo por gentes que dicen ser musulmanas pero que no han leído ninguno de sus textos sagrados y que ni siquiera saben quién fue Mahoma, qué hizo y qué dijo. En este orden de ideas, lamento tener que decirle que los musulmanes que recurren a la violencia en nombre del islam sí que han leído los textos y los conocen. A menos que otros los hayan leído por ellos, y estos han leído *efectivamente* lo que había que leer. Y lo que estaba escrito.

¿Cómo considera usted mis citas del Corán y de la Sira? ¿Falsificaciones? ¿Insultos? ¿Mentiras? ¿Palabras malintencionadas? ¿Posturas islamófobas? Para que podamos hablar, en primer lugar es preciso al menos no despreciar a quien ha leído, diciendo que pretende haber leído; después, leer lo que él ha leído; y finalmente, conocer la validez de los textos sagrados de la religión musulmana. Si no, no es posible entenderse... Es una cuestión de método.

Usted habla de suras como si hubiese dos tipos de Corán; el espiritual por una parte y el temporal por otra. ¿Ignora usted pues que el Corán es uno solo?

No, yo no digo que haya dos Coranes, sino —vuelva a leer lo que digo — que en el mismo Corán existen textos heterogéneos, algunos de los cuales dicen unas cosas y otros las contrarias a lo dicho unos versículos más arriba. Le remito a mis citas de suras pacíficas y suras belicosas, de suras tolerantes y suras intolerantes. Le doy las referencias de las suras y los versículos. ¿Qué hace usted con estas contradicciones? ¿Y qué hace con las suras intolerantes y belicosas? ¿Pretende acaso que me las invento? ¿Que están mal traducidas? ¿O tal vez —este argumento lo conozco, ya lo han usado otras veces contra mí— que han sido traducidas y editadas, cuando no inventadas, por traductores y editores sionistas? Le repito que el Corán contiene frases que justifican lo mejor y lo peor, léalo o reléalo atentamente.

¿Sabe usted que las propias suras han conocido etapas mecanenses y etapas medinenses? ¿Y que esas secuencias se encuentran a veces dentro de una misma sura? ¿No sería más prudente por su parte estudiar esos matices antes de arriesgarse a pronunciar juicios excesivos?

Sí, claro. No me ofenda tampoco dando a entender que improviso sobre este tema sin haber estudiado tanto los textos como los contextos. Cuando ha dicho que hay suras que proceden de la época de Medina y otras de la época de La Meca y que las unas dicen cosas contradictorias con las otras, ¿qué concluye? ¿Que hay que tener en cuenta las unas y rechazar las otras? ¿Pero en nombre de qué puede usted, *usted*, simple criatura humana, dentro de un libro dictado por Dios al Profeta, decidir qué debe conservarse y qué debe rechazarse? ¿Cree usted que los hombres pueden escoger en un texto dictado por Dios lo que les convenga y apartar lo que les moleste? Porque ¿qué hará usted con el que diga que las suras homófobas le molestan y que hay que defender los derechos de los homosexuales a pesar de la sura que los condena? ¿Y con el que diga que hay que prescindir de las suras antisemitas? ¿Y de las suras misóginas? El Corán no es un supermercado en el cual uno escoge lo que le conviene para poder decir que bebe alcohol y come cerdo y que no por ello es menos musulmán, a pesar de las suras que prohíben el cerdo y el alcohol. Le recuerdo esta sura: «He aquí el libro, no contiene ninguna duda» (II).

Para evitar que me diga que el Corán no prohíbe nada de todo eso, le recuerdo las suras en cuestión. *Sobre los incrédulos*: «Exterminad a los incrédulos hasta el último» (VIII); «Golpeadles los cuellos y cortadles los dedos» (VIII, 12); «Y sabed que no fuisteis vosotros quienes los matasteis, sino que fue Dios quien les dio muerte» (VIII, 17); «Combatidlos hasta que ya no haya sedición» (VIII, 39). *Sobre el antisemitismo*: los judíos «se esfuerzan en corromper la tierra» (V, 64); son «un pueblo criminal» (VII, 133); «A todo judío que os caiga en las manos, matadlo» (Sira, II, 58-60); «Que Dios los aniquile» (IX, 30)... *Sobre los politeístas*: «Matad a todos los politeístas dondequiera que los encontréis» (XVII, 58). *Sobre la justificación de la tortura mediante la argolla*: «Les pondremos las argollas al cuello, hasta la barbilla; se les mantendrá la cabeza recta e inmóvil. Les colocaremos una barrera delante y una barrera detrás. Los envolveremos por todas partes para que no vean nada» (XXXVI); *ahogándolos*: «Hemos ahogado a los otros» (XXXVII, 82); *por mutilación*: «Le haremos una marca en el morro», en otras palabras: le cortaremos la nariz (LXVIII, 15); *degollándolos*: invitación a «cortar la aorta» (LXIX); *por crucifixión*: «Serán muertos o crucificados» (V, 33). «Saboread pues mi castigo» (LIV) como tantas veces está escrito... *Sobre la misoginia*: «Las mujeres tienen unos derechos equivalentes a sus obligaciones y de conforme a la costumbre. Sin embargo los hombres tienen preeminencia sobre ellas; Dios es poderoso y justo» (¡*sic*!) (II, 228); «Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres, en virtud de la preferencia que Dios les ha concedido sobre ellas» (IV, 34); «Cuando se anuncia a uno de ellos el nacimiento de una niña, se refleja en su rostro la aflicción y la angustia. Por lo que se le ha anunciado se esconde de la gente avergonzado y duda si la dejará vivir a pesar de su deshonra o la enterrará viva» («Las abejas», XVI, 58); «Esa niña pequeña que crece entre adornos y no sabe argumentar con coherencia» («El adorno», XLIII); «A aquellas de quienes temáis que se rebelen, exhortadlas y dejadlas solas en sus lechos, o pegadles» (IV, 34); «Di a las creyentes que bajen la mirada, que sean castas, que no muestren sino el exterior de sus galas, que lleven el velo bajado sobre el pecho, que no muestren sus galas sino a su esposo, o a su padre» (XXXIV, 31); *sobre el repudio*: una sura entera («El repudio», LXV); *sobre la poligamia*, ver la

totalidad de la sura «Las mujeres» (IV); «En cuanto a vuestros hijos, Dios os ordena atribuir al hijo una parte igual a la de dos hijas» (IV, 11)... *Sobre el matrimonio concertado*, la familia decide por ella (IV, 25). *Sobre la homofobia*: el homosexual es la encarnación de la «abominación» (VII, 81).

¿Estas suras se encuentran en el Corán, sí o no? Si es que sí, ¿qué hay que hacer con ellas? Si es que no, ¿cómo explica usted que se hallen en todas las traducciones y todas las ediciones francesas de ese libro? ¿Propaganda sionista? Inventos de descreídos, de cristianos y de judíos, de infieles y de ateos para perjudicar al islam? ¿O textos que, para discutirlos en serio, habría primero que admitir que existen realmente para luego pensar qué hay que concluir cuando se dice que son palabras dictadas directamente por Dios a su Profeta? ¿Es ser islamófobo decir lo que uno encuentra en el Corán cuando lo lee?

«Se debe poder leer la Torá, la Biblia y el Corán como se lee a Platón o Aristóteles», escribe usted. Y añade que este programa solo es «pecado» para quienes no aman la libertad ni el ejercicio de la razón.

Desde que la humanidad existe, ha habido centenares de miles de religiones. La mayoría no han dejado ningún rastro. Las más antiguas sí han dejado rastros, pero son ilegibles, incomprensibles, están sellados: ¿cómo comprender hoy las pinturas y los grabados parietales prehistóricos? ¿Las alineaciones de Stonehenge? ¿Los dólmenes y los menhires?

Solo podemos hablar de las religiones cuyas huellas podemos comprender: desde Champollion y la piedra de Rosetta podemos descifrar los jeroglíficos y comprender lo que significan los textos dejados por los egipcios. Disponemos de un *Libro de los muertos*, que es un libro religioso, puesto que habla del trasmundo, y para mí hay religión cuando se explica este mundo por otro mundo, por un trasmundo que le da su sentido. Por lo tanto, los libros en los que se basan las religiones son escasos, en la historia de las religiones son minoritarios.

Considerando estos milenios de religiones diversas y múltiples, animistas, totemistas, panteístas, politeístas, el monoteísmo y sus textos resultan extremadamente tardíos en la historia de la humanidad: al decir de Jean Soler, la Torá no fue dictada por Dios a Moisés en el siglo XIII antes de

Cristo, sino escrita a lo largo de un periodo de tiempo comprendido entre el año 620 para el embrión del Deuteronomio, el quinto libro del actual Pentateuco, y principios del siglo IV para el final. De manera que podemos decir que la Torá es globalmente contemporánea de Sócrates y de Platón. El texto será modificado más tarde, y por consiguiente es *in fine* una obra de la época helenística. Y lo mismo ocurre con el Nuevo Testamento y sus Evangelios, escritos, según las hipótesis más antiguas, a finales del siglo I de nuestra era, y según las más recientes, a mediados del siglo II. El Corán, por su parte, es el último texto aparecido en la constelación monoteísta: siglo VIII de la era cristiana.

Ya se ve que un texto, aunque esté escrito al dictado de Yahvé a Moisés como creen los judíos, bajo la inspiración del Espíritu Santo como piensan los cristianos o dictado por Dios al Profeta, como afirman los musulmanes, tiene una fecha; está ligado a un momento histórico, a un lugar, al monte Sinaí para los judíos o al monte Hira para los musulmanes, y a una época.

El *creyente*, por ejemplo, dice que el ángel Gabriel, Yibril, encontró al Profeta en 610 en el famoso monte Hira, a pocos kilómetros de La Meca, y que a partir de ese momento y durante veintidós años le dictó el Corán a Mahoma. El *historiador*, por su parte, nos dice que el Corán fue la obra piadosa de unos compañeros del Profeta que transmitieron sus mensajes. El texto definitivo se estableció a petición del califa Otmán. El texto más antiguo data de 776, por consiguiente cuarenta y cuatro años después de la muerte de Mahoma, que tuvo lugar el 8 de junio de 632. Este primer texto estaba compuesto por 114 suras con un número de versículos variable. En aquella época, la escritura árabe no conocía los signos de las vocales breves. No fue hasta el siglo IX cuando se establecieron no menos de siete versiones diferentes del Corán, la mayoría de origen iraní. Claro que el creyente puede ignorar lo que afirma el historiador; incluso puede imaginar que proponer la arqueología de ese texto es una ofensa y un pecado; o incluso, más fuerte aún como condena, una blasfemia. Pero eso no impedirá que un texto sea pensado en un contexto, que tenga uno o varios autores, que haya sido escrito en determinadas circunstancias y determinadas ocasiones.

Uno puede leer *La República* de Platón sin ser platónico, y hasta sin ser antiplatónico, ni despreciar a Platón, cuando dice lo que se encuentra realmente en el texto, lo que piensa verdaderamente el filósofo y lo que incontestablemente enseñó. Es preciso entenderse acerca de un mínimo: las condiciones históricas de producción del texto y lo que contiene de forma indudable. A continuación es posible otro trabajo: el del diálogo a partir del texto. Uno debe poder leer con ojos de historiador los textos sagrados de todas las religiones tal como se hace con los textos filosóficos, espirituales y políticos, ¡sobre todo porque los tres textos monoteístas también son textos filosóficos, espirituales y políticos!

¿Puede el ateísmo engendrar una moral?

Naturalmente. Yo que soy ateo lucho desde hace años para promover una moral disociada de las morales religiosas que han prevalecido durante siglos. Desde que disponemos de textos éticos —pienso por ejemplo en los libros reunidos en *Sagesses de l'Egypte pharaonique* por Pascal Vernus—, sabemos que la moral se basa en la trascendencia, la divinidad, lo divino, el trasmundo.

Los trabajos de Feuerbach, Nietzsche, Marx y Freud sobre la construcción de Dios y de las religiones permiten plantear las cosas de una forma menos teológica y más filosófica. No hace falta Dios para ser moral.

A lo cual añadiría que las gentes de Dios a menudo han masacrado en nombre de su Dios: desde el «matadlos a todos, ya Dios reconocerá a los suyos» del católico Arnaud Amaury el 22 de julio de 1209, que invita a la matanza de los albigenses en su totalidad, hasta el «¡han matado a Charlie!» seguido del «Hemos vengado al Profeta» de los que diezmaron la redacción de *Charlie Hebdo* el 7 de enero de 2015, pasando por las Cruzadas, con la masacre de los judíos y los musulmanes a manos de los cruzados en el año 1099 en Jerusalén, sin olvidar la justificación de los bombardeos de Palestina por parte de algunos rabinos, la sangre con frecuencia ha sido derramada en nombre de Dios. Creer en Dios no es, pues, ninguna garantía ética ni moral.

Añado que como ateo no creo, sin embargo, que el ateísmo sea por naturaleza virtuoso o más virtuoso. Basta recordar lo que sucedió en su nombre en la URSS, en los países del Este, en la China maoísta, en la Camboya de Pol Pot, todos ellos regímenes abiertamente ateos y que también, por desgracia, cometieron genocidios.

Soy partidario de una ética que prohíba absolutamente, sin ninguna restricción, el homicidio, el crimen, la pena de muerte en todas sus formas: desde la venganza personal del talión al bombardeo de ciudades llenas de inocentes ordenado por ciertos Estados, pasando por la pena de muerte, cualquiera que sea su fórmula: de Estado o terrorista.

Por eso no me reconozco en los textos sagrados, porque justifican las masacres, ni en los otros textos, no sagrados, profanos, cuando también las justifican. La justificación judía de la matanza de los cananeos, los palestinos de hoy, en la Torá (Deuteronomio XX, 16; Números XXXI, 17), la legitimación de la matanza de los judíos, de los infieles, de los descreídos, de los ateos por los musulmanes en el Corán (V, 33; VIII, 7; IX, 30; XVII, 58), la legitimación de la violencia con este versículo que refiere unas palabras de Cristo: «No creáis que he venido a traer paz, sino espada» en el Evangelio según san Mateo (X, 34), todo ello me impide hacer de estos textos la fuente de mi espiritualidad.

Mi ética se basa en el mandamiento «No matarás». No hace falta remitirse a ninguna justificación trascendente, divina o sagrada. Solo se trata de invocar una simple regla del juego inmanente, sin la cual la vida con el prójimo es imposible. Entendámonos sobre esta ética mínima reducida a casi nada, pero a un casi nada que lo es todo: nunca hay ninguna buena razón para matar a un hombre. Ninguna. Y en materia de ética, eso bastará para empezar.

¿Necesita realmente la filosofía «desencantar» el mundo?

El trabajo del filósofo consiste, en efecto, en no dar pábulo a los mitos, las fábulas, las leyendas, las ficciones, las fantasías, los cuentos que les contamos a los niños, pero en los que los adultos siguen creyendo... Yo ya sé que los hombres prefieren historias que les den seguridad antes que verdades que los inquieten, los angustien, los turben y los perturben. Más

vale una historia que nos cuente que después de la muerte seguiremos viviendo que una verdad que nos diga que después de la muerte de un hombre pasa exactamente lo mismo que después de la muerte de otro mamífero... El que rechaza esta evidencia debe inventar un alma inmortal y, por lo tanto, una ficción imposible de demostrar que es un objeto de fe, de creencia, pero nunca de razón, para poder vivir cada día con la perspectiva de la nada ante los ojos.

Solo los espíritus fuertes pueden mirar la muerte cara a cara sabiendo que se lo llevará todo de nosotros. Los demás —y no por ello son criticables — se inventan una vida *post mortem* en la cual se reencuentran con aquellos a los que han perdido y a los que amaban, sus padres, sus amigos, su marido o su mujer, lo cual permite vivir una vida difícil de vivir.

La religión se presenta como una verdad política y una certidumbre espiritual por parte de la mayoría de los Estados, que saben que con la ayuda de los cleros cómplices del poder se puede invocar a Dios para conducir más fácilmente a los pueblos.

Como filósofo, yo propongo una alternativa democrática a esa posición teocrática; ofrezco en mis libros, mis clases, mis conferencias y mis intervenciones mediáticas o en la Universidad Popular de Caen una alternativa filosófica a la propuesta religiosa.

Creo, en efecto, que una espiritualidad no religiosa es posible y que esta permite apaciguar el alma y el corazón de quien tiene que enfrentarse a la nada únicamente con su razón y su inteligencia. La filosofía antigua propuso diversos caminos para llevar una vida filosófica libre de las angustias, los miedos, los temores y las negatividades en las cuales prosperan las creencias que facilitan los materiales de las construcciones mitológicas, fabulosas, míticas. Estas proposiciones prescindían de Dios, no lo negaban, sino que lo dejaban a la discreción de cada uno, pero afirmaban que se puede ser moral independientemente de Dios, y hasta sin Dios.

¿No cree usted que la actual confusión entre islam y terrorismo, entre musulmanes y terroristas, es mantenida por unos medios de comunicación irresponsables?

Los medios no piensan y quieren que no pensemos. Desean que sus lectores, sus espectadores, sus telespectadores no piensen, ya que todos se proponen pensar por ellos, en su lugar... Los medios necesitan el dinero para vivir; el dinero es necesario para crear el soporte del medio, para mantenerlo y hacer que dure. Lo que impera en los medios no es la verdad, la justicia y la exactitud, sino la audiencia, los lectores, los espectadores, los telespectadores. No necesitan un pequeño público selecto, inteligente y bien informado, sino el mayor número posible de personas; en otras palabras: el máximo de consumidores concebible. Los medios obedecen a quienes los financian; los que los financian tienen dinero; los medios obedecen, por tanto, a la ideología de los ricos que los financian y que defienden y promueven un mundo único: liberallibertario, europeísta, globalista y cosmopolita, consumista y hedonista vulgar, nihilista y comercial, desprovisto de toda moral y de toda espiritualidad. Estos medios solo quieren satisfacer a sus anunciantes, que son los que los mantienen con sus anuncios. Hoy en día un medio quiere atraer al máximo de consumidores potenciales para convertirlos en un máximo de clientes reales.

El tratamiento de la información no necesita, por lo tanto, ser inteligente, le basta con ser espectacular, en el sentido etimológico: debe constituir un espectáculo. Para ello, el sexo, la violencia, el deporte, los juegos y la diversión son suficientes.

Pensar la cuestión del islam planetario e integrar el crimen del 7 de enero en una lógica geopolítica internacional y geoestratégica mundial, dentro de la perspectiva del evidente choque de civilizaciones que opone la civilización islámica a la civilización occidental, resulta imposible en su lógica, que reduce las cosas a los sucesos, a la pequeña biografía o a los pequeños trayectos de los actores guerreros de esa funesta jornada. Decir que lo que tuvo lugar se explica como la respuesta del débil al fuerte, que muestra que el débil se ha hecho fuerte y el fuerte se ha hecho débil por lo que Clausewitz llamaba la «pequeña guerra»; en otras palabras, la guerrilla de los que carecen de medios de Estado contra los que disponen de los medios de Estado, está por encima de las capacidades intelectuales de quienes dirigen esos medios.

En su lógica, mostrar las imágenes de decapitaciones enviadas por Estado Islámico para presentar a los degolladores como bárbaros frente a un Occidente supuestamente civilizado, o bien mostrar a destructores de estatuas y esculturas budistas o preislámicas con sus mazos, sus sierras y sus taladradoras para convertirlos en bárbaros, sin mostrar nunca imágenes de niños, de mujeres o de ancianos muertos por los bombardeos de la coalición estadounidense (dentro de la cual está Francia desde hace años cuando se trata de bombardear países musulmanes, desde Iraq en 1991), y sin mostrar nunca que lugares declarados patrimonio universal por la UNESCO han sido destruidos a sabiendas por los estadounidenses cuando bombardearon Iraq, es decir, la cuna de las civilizaciones babilónica y mesopotámica, es hacer propaganda. Los combatientes de Estado Islámico hacen con sus herramientas primitivas lo que los estadounidenses han hecho a mucha mayor escala con su tecnología punta. ¿Quién ha destruido más obras patrimoniales, por cierto?

Colocar las cosas en perspectiva permitiría que mucha gente comprendiera que el enfrentamiento no es entre el campo del bien y el del mal, el de los bárbaros y el de los civilizados, sino entre dos visiones del mundo, dos civilizaciones, una de las cuales ha venido humillando, explotando y sometiendo a la otra desde hace mucho tiempo. La época de la victoria unilateral del imperialismo estadounidense, y por lo tanto occidental, ha pasado. Lo que sucede solo puede comprenderse una vez colocado en la perspectiva de la historia de larga duración, una duración ignorada por los medios, que no conocen sino el tiempo breve del efecto emotivo.

¿En qué punto se halla la izquierda respecto al islam?

Para responder a esta pregunta, primero hay que ponerse de acuerdo sobre el «islam»: ¿qué islam? ¿El de los orígenes o el de tal o cual musulmán anónimo de hoy? ¿El de René Guénon o el del ayatolá Jomeini? ¿El del califa de Estado Islámico o el de Maxime Rodinson? ¿El que se atribuye a Omar Jayam o el de los asesinos de los dibujantes de *Charlie Hebdo*? ¿El de los sunitas o el de los chiítas? ¿El de lo mejor o el de lo peor? ¿El islam en nombre del cual unos hombres construyen la mezquita

de encaje hecho con piedra de Sidi Uqba en Kairuán en el siglo IX de nuestra era o el islam en nombre del cual, ayer mismo, algunos destruyeron los budas de Bamiyán o las esculturas mesopotámicas con sierras y mazos, unas imágenes retransmitidas por todas las televisiones del mundo? ¿El islam de paz, de tolerancia y de amor que se apoya en la famosa y única sura «no está permitido forzar a nadie a creer» (II, 256) o el islam de guerra, de intolerancia y de masacre que se basa en las numerosas suras guerreras, belicosas, antisemitas o destinadas a justificar la matanza de los infieles (VIII, 7; VIII, 12; VIII, 17; VIII, 39, etc.)?

Siempre habrá un islam que contradiga al otro. ¿Quién dice la verdad? Todos a la vez, y nadie en particular, porque el islam es todo esto: lo mejor y lo peor. Y no debe decretarse arbitrariamente que lo peor del islam no tiene nada que ver con el islam. Pues ¿qué dicen los asesinos de Cabu, Wolinski y los demás cuando exclaman al huir después de la masacre: «Hemos vengado al Profeta»? Merece la pena preguntárselo. De lo contrario, no obtendremos respuesta y seguiremos sin poder pensar, porque continuaremos con el fantasma, la ideología y la política partidista.

Está claro que la palabra *islam* plantea un problema de definición. ¡Pero las palabras *derecha* e *izquierda* también! La Gironda es de derechas cuando la mayoría de sus miembros quiere evitar la muerte del rey, pero los jacobinos que son de izquierdas lo quieren decapitar. En 1981, una vez que los socialistas llegaron al poder, fue la derecha la que defendió la guillotina, mucho menos utilizada que en 1793, cuando es la izquierda la que ya no la quiere, aunque una parte de esa izquierda sigue considerando virtuoso a Robespierre, el celoso proveedor de la cuchilla nacional.

Ayer la izquierda condenaba el poder del dinero y lo combatía en nombre del humanismo. Luchaba contra el Capital, que explotaba a los niños en las minas, y quería sacarlos de las galerías de carbón para educarlos en las escuelas. Hoy lo que se presenta como la izquierda defiende la idea de que las mujeres pobres convertidas en miserables por el capitalismo (al que ya no combate) puedan alquilar el útero a los ricos deseosos de implantar su feto en vientres de alquiler, igual que se alquila

una plaza de aparcamiento o un garaje. Igual que puede uno preguntarse «¿dónde está el islam?», también puede legítimamente preguntarse «¿dónde está la derecha?» y «¿adónde ha ido a parar la izquierda?».

¿Aprueba usted la célebre frase de Marx sobre la religión como «opio del pueblo»?

Sí, y en ese momento Marx se inscribe en la lógica de la época: la religión cristiana es, en efecto, en la Europa industrial del siglo XIX, el brazo armado espiritual de la alienación de la clase obrera explotada por el capitalismo. A causa de su renuncia al paraíso en la Tierra dentro de las iglesias, la clase obrera cree que la Tierra es un valle de lágrimas tanto más legítimo en cuanto que su sufrimiento le abre las puertas del paraíso. La Iglesia siempre ha asociado el hisopo al sable del poder, que sirve para cargar contra los obreros cuando se manifiestan para obtener mejores condiciones de trabajo. Si la religión es el opio del pueblo, entonces el islam, siendo una religión, también es el opio del pueblo. Por lo tanto, cuando uno se declara marxista, debería pensar y actuar como ateo, es decir oponerse tanto a la Torá como a la Biblia y al Corán.

¿Cómo es que, al igual que Alain Badiou y algunos otros intelectuales afines al Partido Comunista, al Frente de Izquierdas o al Nuevo Partido Anticapitalista (más asustados por la islamofobia francesa inmediatamente posterior al 7 de enero, que no ha causado ningún muerto, que por el islam terrorista que sí que los ha causado), hay marxistas que defienden el islam, todo el islam, todas sus fórmulas, incluidas las sangrientas? Para ellos, la religión no es el opio del pueblo sino la fuerza de un pueblo, aunque sea nublada por los vapores del opio, y aquí de lo que se trata es de utilizarla como palanca para acabar con el capitalismo. «En nombre del principio de que los enemigos de mis enemigos son mis amigos, el islam, en la medida en que lucha contra Occidente y sus valores capitalistas, es mi amigo, ¡porque yo, que soy revolucionario y marxista, deseo el final del capitalismo y el advenimiento de la revolución proletaria global!» La religión es, pues, el opio de unos tontos útiles que hacen posible la realización del proyecto marxista: el final del Capital y el advenimiento de la revolución.

¿El islam, según usted, comparte por consiguiente con el marxismo revolucionario una crítica de los valores del capitalismo liberal?

En efecto, comparte con el marxismo revolucionario, que deja rastros en el ala izquierda del Partido Socialista, en el PCF, en el Frente de Izquierdas y entre algunos ecologistas del EELV, la crítica de los valores de la burguesía occidental, de las lógicas del mercado consumista, al mismo tiempo que una crítica de los judíos, del sionismo y de la existencia del Estado de Israel. Siempre en virtud del principio de que los enemigos de mis enemigos son mis amigos, el islam, que defiende en el texto coránico, en los hadices del profeta y en la vida misma de Mahoma una innegable ideología antisemita —«A todo judío que os caiga en las manos, matadlo», dice Mahoma en la Sira (II, 58-60), basándose en este versículo: «¡Que Dios los aniquile!» (IX, 30)—, el antisemitismo islámico es defendido por determinada izquierda.

La cuestión de las relaciones entre la izquierda y el islam resulta pues indisociable de la cuestión judía. De hecho, Marx, que era judío, fue antisemita como buena parte de la izquierda del siglo XIX. En *Marx et la question juive*, Robert Misrahi analiza con detalle ese antisemitismo de izquierdas. En *La cuestión judía*, Marx escribe en efecto: «La esencia del judaísmo y la raíz del alma judía son la oportunidad y el interés personal; el Dios de Israel es Mammón, que se manifiesta en el ansia de dinero. El judaísmo es la encarnación de las actitudes antisociales». Encontramos en Proudhon, Fourier, Toussenel y Leroux las mismas asimilaciones entre los judíos, los capitalistas, los burgueses y el dinero.

El antisemitismo cambia de forma después de Auschwitz, y posteriormente con la creación del Estado de Israel. El antisionismo se convierte en el componente principal. La asimilación de los judíos cosmopolitas con el dinero del Capital globalizado se dota de nuevos insultos: «agente del sionismo internacional» y luego «secuaz del imperialismo norteamericano». La izquierda marxista se apunta a las filas de los antisionistas, constituidas por los palestinos, los árabes y los musulmanes, que no siempre coinciden pero que se hallan asociados en una misma entidad ideológica y militante.

Por supuesto que la creación del Estado de Israel no se hizo sin incontables expropiaciones infligidas al pueblo palestino, pero ese pueblo pagaba, desgraciadamente, la política de colaboración con Hitler aplicada por el gran muftí de Jerusalén, Hadj Amin al Husayni. Ese hombre, en efecto, que pretendía descender del Profeta, aprobó el régimen de Hitler ya en 1933; se reunió con el dictador en Berlín, el cual lo elevó al rango de «ario honorífico»; predicó en favor del nacionalsocialismo en la única mezquita de Berlín; declaró: «Los principios del islam y los del nazismo presentan notables similitudes, en particular la afirmación del valor del combate y de la fraternidad de las armas, la preeminencia del jefe y el ideal del orden»; contribuyó a movilizar a musulmanes para luchar en las divisiones de las Waffen-SS y el propio imán de la división Handschar también afirmó: «Para tratar de tranquilizar a mis camaradas, les explicaba que todo musulmán que perdiera la vida en combate por el islam sería un *shahid*, un mártir»; visitó un campo de concentración y, cuando se le puso al corriente de la «solución final», manifestó el deseo de que también se exterminase a los niños judíos; trabajó en un plan de exterminio de los judíos del norte de África y de Palestina. Refugiado en Francia después de la guerra, volvió a Egipto sin problemas con un nombre falso en 1946. Leila Shahid, su sobrina nieta, representó hasta marzo de 2015 a la Autoridad Palestina ante la Unión Europea, entidad gobernada actualmente por Mahmud Abás, a quien se atribuye una tesis revisionista defendida en la URSS en 1982.

El contexto se vuelve distinto con la descolonización...

En efecto. Y con ocasión de esos combates, unos pueblos que desean liberarse del yugo colonial descubren la capacidad del islam para federarse contra Occidente con una ideología, una espiritualidad y una política de sustitución. Los nacionalismos árabes se constituyen en contra de las antiguas potencias coloniales y, para ello, utilizan un islam radicalmente heterogéneo respecto a Occidente. Algunos exnazis colaboran con nacionalistas marxistas. Un solo ejemplo: en el año 1951, más de una sesentena de exoficiales del Reich trabajaban para Egipto y la Liga Árabe.

Algunos pensadores de izquierdas han apoyado numerosos combates antisemitas so pretexto de defender al pueblo palestino: Sartre apoya a Septiembre Negro, organización que fue la autora de la masacre de los atletas israelíes en Múnich en 1972, y a la banda Baader-Meinhof (uno de cuyos cofundadores, Horst Mahler, se unió a la extrema derecha alemana y hoy es perseguido por haber hecho el saludo nazi en público); Genet, que fue amante de un SS durante la Ocupación, elogia la «poesía» de la matanza de Oradoursur-Glane y magnifica el «bandidismo más loco» de Hitler, la belleza de los milicianos, la de los militantes de Baader-Meinhof, pero también de la OLP, lo cual no molesta a Sartre, ni a Derrida (que dedica un libro a Genet, *Glas*, en 1974), ni a Foucault, que le admiran; Garaudy, el intelectual oficial del PCF de 1933 a 1970, fecha de su expulsión por izquierdista, se convierte en el pensador por excelencia del negacionismo y sus aportaciones al lenguaje de este movimiento son determinantes; Rassinier, comunista, cegetista y afiliado a la Sección Francesa de la Internacional Obrera, también es un inspirador del negacionismo; Soral, que fue miembro del PCF durante una docena de años antes de convertirse en lo que sabemos... También cabe recordar el apoyo de Jean-Luc Mélenchon, el jefe del Frente de Izquierdas, a Ahmadineyad cuando ocupaba el poder en Irán no hace mucho y cuando este último amenazaba con borrar a Israel del mapa o manifestaba su afecto por Hugo Chávez, según el cual «una minoría, los descendientes de quienes crucificaron a Cristo [...], se ha apoderado de las riquezas del mundo [...] y ha concentrado esas riquezas en pocas manos». La oposición de esos dos dictadores a Estados Unidos no puede justificar, una vez más, que uno se contente con la idea de que los enemigos antisemitas de izquierdas de nuestros enemigos capitalistas de derechas sean nuestros amigos.

Pero el Corán no es de derechas ni de izquierdas...

En efecto, pero podríamos considerar qué es lo que en el Corán puede parecer de derechas o de izquierdas. Hemos visto que, en nombre del odio al capitalismo, al dinero y a los judíos asociados erróneamente con él gracias a las suras antisemitas, una cierta izquierda marxista, neomarxista o

posmarxista apoyaba al islam político en nombre de un antisionismo presentado como la ideología de la lucha (revolucionaria) contra el imperialismo estadounidense (sionista).

Otras suras son claramente misóginas y falocráticas. A primera vista, impiden que un o una feminista puedan adherirse al islam: superioridad de los hombres sobre las mujeres por decisión de Dios (II, 228; IV, 34), simplicidad del proceso de repudio (LXV), maldición del nacimiento de una niña en una familia (XVI, 58), legitimación de la poligamia para los hombres (IV, 3), matrimonios concertados (IV, 25), legitimación del velo (XXXIV, 31), justificación de las palizas simplemente por presunción de infidelidad (IV, 34)...

Los combates feministas en la historia no han sido nunca dirigidos por la derecha, que, de acuerdo con la doctrina cristiana, hacía de las mujeres un sujeto inferior a los hombres, una vasalla del macho, una esposa destinada a servir a su marido, una madre destinada a producir una familia y a ocuparse de ella. El reposo del guerrero, la lactancia, la cocina, los platos, la casa eran entonces, para la derecha y los cristianos, el único destino de las mujeres.

Siglos de feminismo han mermado el dominio de ese modelo, aunque queda mucho por hacer si queremos acabar con él. ¿Cómo puede entonces la izquierda renunciar a esa memoria que el islam desprecia? Respuesta: explicando que el capitalismo y el consumismo, la publicidad y la pornografía han transformado a las mujeres en objetos sexuales mientras que el islam confiere dignidad a las mujeres, ¡que gracias a esa religión dejan de ser presas de caza para los hombres!

El NPA no consideró incoherente presentar a una candidata con velo a pesar de erigirse como un partido feminista: ¡el odio al capitalismo bien vale que se tire por la borda el feminismo para hacer de la falocracia musulmana un signo de feminismo anticapitalista! Según los neomarxistas, el velo se convertía entonces en el signo del verdadero feminismo...

Cabe añadir que al mismo tiempo, y en la larga duración, la lucha por el reconocimiento de los derechos de los homosexuales se ha librado en las filas de la izquierda mientras que la derecha le oponía su modelo de familia

con dos sexos y la fundación de un hogar con unos niños sometidos a la autoridad paterna. ¿Qué hacer con las suras que tratan la homosexualidad como una abominación (VII, 81) cuando uno se dice de izquierdas?

Aprobar el islam, que es una política y no solo una ética o una espiritualidad, es aprobar la teocracia, ya que la palabra de Dios dice la verdad en todo y, por lo tanto, también en materia de derecho y de leyes, de prescripciones y de legislación, de jurisprudencia y de legalidad. En el islam todo poder procede de Dios, una tesis que también encontramos en san Pablo.

La laicidad se ha impuesto en Occidente gracias a un largo combate anticristiano llevado a cabo por la izquierda durante varios siglos. La separación de lo temporal y lo espiritual la lograron no sin dificultades una serie de filósofos, y la abolición de la monarquía fue el momento histórico sangriento de la secularización del poder. El rey ya no tenía que ser el representante de Dios en la Tierra porque el pueblo se convertía en soberano por la gracia del sufragio universal que cristalizaba la voluntad general.

¿Diría usted que, por mor de su anticapitalismo y su anticolonialismo, la izquierda islamófila se ha hecho antisemita y antisionista?

Y al mismo tiempo falócrata, homófoba y además —lo cual no es la menor de las paradojas— teocrática: es la abolición de todas las luchas que libró la izquierda salida de la Revolución francesa. Es el desprecio por el abate Grégoire, que luchó por la emancipación de los judíos, y de Robespierre (que los neorrobespierristas de hoy harían bien en defender por ese combate más que por el Terror). También es desprecio por Olympe de Gouges, que redacta su Declaración de los Derechos de la Mujer (y a la que el Robespierre amado por los neorrobespierristas manda ejecutar...), o, más tarde, por la autora de *El segundo sexo*. Es desprecio por los ateos, por Hébert y los hebertistas, por Anacharsis Cloots (decapitados por orden de Robespierre...). Es desprecio por los que, como dignos émulos de *El contrato social* de Rousseau, quisieron que no se jurase ya sobre la Biblia sino sobre la Constitución soberanamente decidida por hombres y para hombres, sin ninguna intervención divina. Es desprecio por toda la filosofía

de las Luces: el hedonismo libertino de Diderot y el anticlericalismo de Voltaire, el ateísmo de Holbach y la condena de la pena de muerte por Beccaria, el proyecto de paz perpetua del abate de Saint-Pierre y el materialismo de La Mettrie, la confianza en la instrucción de Condorcet y el soberano democrático de Rousseau, la separación de poderes de Montesquieu y el uso de la razón de Kant.

«¡Atrévete a pensar por ti mismo!» era la divisa de la Ilustración. «¡Deja de pensar, obedece, sométete!» es la nueva divisa de la izquierda islamófila, que contra todos estos filósofos de la Ilustración, defiende el ascetismo puritano, el clericalismo musulmán, el Dios monoteísta, todas las penas de muerte, la guerra, el espiritualismo, el catecismo, la teocracia, la confusión de los poderes, la obediencia y la sumisión, la abdicación de todo espíritu crítico...

La izquierda islamófila se encuentra hoy, por una extraña pirueta, del lado de los antifilósofos (Bergier, Chaudon, Feller, Jamin, Nonnotte) y de los contrarrevolucionarios (De Maistre y Bonald, Burke y Blanc de Saint-Bonnet). Vuelven a poner en circulación la antigua figura del judío como chivo expiatorio, devuelven a la mujer a su papel de esposa y madre, defienden a los que persiguen a los homosexuales, renuncian a la laicidad, hacen de la política un asunto de teocracia y no de democracia... ¡Extraña época en que la izquierda islamófila se convierte en liberticida al defender todo aquello contra lo cual ha luchado la izquierda histórica! Una izquierda antisemita, misógina, falocrática, homófoba, antilaica, teocrática; ¿quién hubiera creído que un día semejante sarta de oxímoron se estuviera volviendo creíble en algunos cerebros enfermos?

Volvamos a los prejuicios ahora tan extendidos: ¿cómo luchar contra las ideas demasiado rápidamente adquiridas?

El problema no es replantear las ideas adquiridas, sino saber si uno puede creer y reflexionar al mismo tiempo, doblegarse a la voluntad o a la palabra de Dios y a la vez hacer funcionar la razón, leer un texto y someterlo a la crítica según el orden de las razones.

Todo empieza con un problema que, en la filosofía musulmana, ha dado lugar a abundantes debates: ¿el Corán fue creado (tesis mutazilita) o increado (tesis asharita)? Todo depende de la respuesta que se dé a esta pregunta. Si el Corán fue creado, lo fue por hombres que, incluso inspirados por Dios, pudieron equivocarse, pues errar es humano. Si no lo fue, es que es directamente palabra de Dios; entonces, es verdad absoluta y cada coma es voluntad de Dios. Ningún hombre está legitimado a desplazar ni una coma ni a suprimir un versículo. Por una parte, son posibles la historia y el uso de la razón; por la otra, ni la historia ni la razón son defendibles: solo hay que creer.

En la historia, el mutazilismo es una escuela racionalista creada en el siglo VIII en Basora. Defiende la existencia del libre albedrío. Mayoritaria durante el califato abasida en el siglo IX, fue reprimida y luego considerada heterodoxa, hasta que en el siglo XIII desapareció. Por su parte, el asharismo, fundado en el siglo X y activo hasta el XIX, fue preponderante en cuanto a influencia: además de afirmar que el Corán es increado, niega el libre albedrío, afirma que Dios ha creado a los hombres buenos o malos y que contra esto no hay nada que hacer, pero que pese a no haber elegido nada el hombre es responsable de lo que es. Que el mutazilismo fuese borrado del mapa intelectual y que el asharismo haya dominado durante casi diez siglos se entiende hoy a la vista de los efectos que ello ha provocado en la historia.

El mutazilismo permite hacer de la razón el instrumento de lectura del Corán porque lo considera un libro escrito por los hombres, que se puede leer con los mismos ojos que cuando uno lee a Homero, mientras que el asharismo hace de la fe el apriorismo necesario a toda lectura: hay que creer y punto.

Añadiré que el Corán contiene suras que pueden justificar y legitimar ambas tendencias contradictorias. Así, los mutazilitas pueden apoyarse en: «No te adelantes a recitar lo que te estamos revelando del Corán hasta que no concluyamos, y di: "¡Oh, Señor! Acrecienta mi conocimiento"» (XX, 114). Así también los asharitas: «Este es el libro, que no contiene dudas» (II, 2), o bien, hablando del Corán: «Si no procediera de Dios, habrían encontrado en él numerosas contradicciones» (IV, 82). Y en efecto, se

encuentran en él contradicciones, por ejemplo en esta misma sura: «Dios es el que borra los pecados; es misericordioso» (IV, 99) y en: «Dios ha reservado un castigo ignominioso para los incrédulos» (IV, 102). ¿Cómo se puede ser misericordioso y castigar de forma ignominiosa? El propio texto, puesto que contiene contradicciones —y no estaría mal establecer una lista —, habla a favor de los mutazilitas.

A favor de los mutazilitas también habla este otro fragmento: «No hay más divinidad que Él, el Poderoso, el Sabio. Él es quien te ha revelado el Libro. Contiene aleyas de significado explícito que son la base del Libro, y otras de significado implícito. Aquellos de corazón extraviado siguen solo las de significado implícito con el fin de sembrar la discordia interpretándolas capciosamente, pero solo Dios conoce su verdadero significado, y los arraigados en el conocimiento dicen: "¡Creemos en todas ellas! ¡Todas proceden de nuestro Señor!", pero no recapacitan sino los dotados de inteligencia» (III, 6-7). Por lo tanto, más que la fe, la obediencia y la sumisión, son la ciencia y la inteligencia las que se necesitan para abordar el Corán.

¿No cree usted que hay que distinguir los textos fundadores de alcance universal de las interpretaciones históricas, cuyo alcance depende más del contexto que las ha visto nacer?

Uno tiende a imaginar que los hombres inteligentes, los que disponen del conocimiento y del saber, confiarán en la ciencia, en la inteligencia y en la sabiduría. Pero ya lo dice el Corán: «¡Qué pocos reflexionan!» (XL, 58). ¿Qué hacer con la mayoría, privada de sabiduría, de inteligencia y de razón? ¡Ellos son los que tienden a buscar la discordia al no comprender nada de nada! En el *Discurso decisivo* de Averroes, hay una teoría llamada de la doble verdad, que pone en perspectiva la verdad según la fe y la verdad según el orden de la razón. El texto sagrado puede decir una cosa: Dios creó al hombre a partir del barro (VI, 2) o el mundo en seis días (VII, 54); y la ciencia afirmar otra: se trata más bien de la explosión de una estrella y de la evolución de una bacteria hacia el ser vivo, que evolucionaría hasta llegar al hombre. ¿Quién dice la verdad? Ambos, según Averroes, quien afirma que la verdad solo se obtiene a través de la práctica

del examen racional (§ 18), que no puede sino confirmar lo que dice el «texto revelado». Si hay contradicción, la interpretación no será *elucidación,* decidiendo en favor de una tesis más que de la otra, sino *conciliación*, con ayuda de la dialéctica y de la retórica aristotélica, que permite decir una cosa y la contraria al mismo tiempo, según el punto de vista en que uno se coloque. Se trata de recurrir a una sofística que los musulmanes denominan el *tawil* y que supone la interpretación alegórica o, dicho en otras palabras: hay que ahogar al pez de la contradicción en el agua pura y clara de un discurso que la borra. El propio Averroes defiende en el mismo libro la idea de que también puede practicarse otra modalidad de lo que podríamos llamar la doble verdad: verdad para los sabios, la gente de ciencia, capaz de comprender, y verdad para el pueblo, que no puede acceder a las sutilezas de la dialéctica, de la retórica y de la sofística del filósofo. Hay, por lo tanto, un discurso para «el hombre de demostración» (§ 16), para los «hombres de una ciencia profunda» (§ 23), para «la clase más perfecta de los humanos», para «la clase más perfecta de ser» (§ 47), y otra verdad para el pueblo, para los demás hombres, en virtud del principio elitista y aristocrático de que «los hombres se distinguen por sus disposiciones innatas y difieren en cuanto al fondo mental que determina en ellos el asentimiento» (§ 23).

La teoría de la doble verdad permite pues, en un contexto aristocrático intelectual, resolver el problema de las contradicciones hasta hacerlas desaparecer merced a la lógica, la retórica, la dialéctica y la sofística de Aristóteles, un trabajo que conviene realizar lejos del pueblo, de la plebe, de la gente humilde, del resto de la humanidad del cual los filósofos se separan.

¿Cómo «pensar conjuntamente» lo que aparentemente es contradictorio en los textos fundadores del islam?

Este es el problema de citar fragmentos. Como existe en el Corán una sura que dice una cosa y otra que dice lo contrario, no se pueden sostener a la vez, salvo sofística en el sentido de Averroes, cosas contradictorias; salvo raras excepciones, todas las suras del Corán se inician invocando la misericordia divina: «En nombre de Dios, el que hace misericordia, el

Misericordioso». Ahora bien, la misericordia, según mi diccionario Littré, remite a la compasión: «Sentimiento por el cual la miseria del prójimo afecta a nuestro corazón». ¿Cómo es posible entonces que Dios desee tanto, en página tras página del libro sagrado, la muerte de los infieles, el castigo de los incrédulos, la mutilación de los adversarios, la guerra y la venganza, la muerte de los apóstatas? Las virtudes de la misericordia son el perdón, la indulgencia, la amabilidad, la longanimidad, la magnanimidad, la bondad, la clemencia, la tolerancia y la comprensión. Ahora bien, en vano buscamos en ese Dios de misericordia momentos en que le veamos practicar dichas virtudes.

El musulmán que se contente con honrar esos versículos que abren el libro, sin ir más allá de esa frase que dice de Dios que es misericordioso, no podría tocar jamás ni un pelo de su prójimo. En cambio, el musulmán que vaya a buscar en el texto una justificación para su cólera y su desquite, venganza y castigo, revancha y punición, también encontraría en él justificación para sus actos. Entonces, la diferencia está en cómo se elija la cita: el que elige los versículos de paz y de tolerancia no vivirá (ni hará vivir) el mismo islam que el que base su acción en los versículos que justifican el derramamiento de sangre.

El problema se plantea cuando el islam se convierte en política: si un país elige el islam de paz, no tendrá la misma historia que el que prefiera el islam de guerra.

¿Es preciso tomar y hacer tomar conciencia de este proceso histórico? ¿Hay que «deconstruirlo» para remontarse al mensaje original?

Yo, que soy filósofo y que he creado la Universidad Popular de Caen para «hacer que la razón sea popular», según la expresión de Diderot, le he pedido a una amiga musulmana, Razika Adnani, profesora de filosofía y autora de varias obras sobre la relación entre la razón y el islam, que se encargue de un seminario que permita, sin polémicas ni apriorismos favorables o desfavorables, aumentar el conocimiento y la comprensión del islam. Por lo tanto, estoy evidentemente a favor de la multiplicación de los lugares en los cuales se pueda leer el texto, comentarlo juntos, en público, debatir, confrontar las lecturas, basarse en el conocimiento de historiadores,

de especialistas de la lengua para no dejar el monopolio de la lectura a individuos que solo quieran convertirlo en un libro de guerra. Hay que crear lugares de lectura laicos, no religiosos, no confesionales, para leer el Corán como filósofos, es decir, como enamorados de la sabiduría.

¿Debemos «esencializar» el islam, como hace usted? ¿No deberíamos comprenderlo a través de su historia y a través de las circunstancias de su conceptualización?

No podemos evitar esencializarlo, desgraciadamente, pues esto es lo que hace posible el intercambio, la discusión, el debate. Tal vez no deberíamos, pero ¿cómo evitarlo? De hecho, a todo el que diga «el islam afirma tal cosa» o «piensa tal otra» alguien le responderá que no, porque otro islam le llevará la contraria: el que quiera tirar del islam hacia la violencia apelará a la secta de los Asesinos, la rama iraní de los ismaelitas que ha dado origen a la palabra que todo el mundo conoce y que asumía como deber sagrado dar muerte a los enemigos de la Verdad. El que desee mostrar que el islam no tiene nada que ver con la violencia apelará al sufismo, de origen iraquí, que con su mística asocia el islam a la meditación, al arte, a la cultura, es decir, a lo contrario de los que derraman sangre.

También aquí, siempre se puede elegir en la historia un momento de paz y de calma relativa, caracterizado por una prosperidad económica y cultural (que habría que poner en perspectiva con la dhiminitud, que relativiza el irenismo de la relación), como Al Andalus y el califato de Córdoba, con el arte mozárabe y el arte mudéjar, y otro momento, la conquista de Afganistán en el año 1000, que llevó a los musulmanes a la masacre de Hindu Kush, que provocó la muerte de 80 millones de hindúes entre los años 1000 y 1525.

En la actualidad hay musulmanes para quienes el modelo es Abderramán II, emir de Córdoba, protector de las letras, mecenas, hombre culto, bibliófilo, y otros para quienes la referencia es Tamerlán, del cual varias fuentes históricas afirman que exterminó él solo al 5 por ciento de la población mundial de su época con sus expediciones sanguinarias.

Es decir, si no esencializamos siempre encontraremos el modo de justificar al menos dos islams: uno que cree en la razón, la inteligencia, la cultura, el intercambio, el debate, el diálogo, y otro que lo fía todo a la espada y cree, como decía el Profeta, que «el paraíso está a la sombra de las espadas»...

¿Podemos y debemos oponer islam y laicidad?

Existe un islam planetario, que es el de la *umma*, la comunidad: pese a la diversidad de los países, la fragmentación en todos los continentes, la multiplicidad de las lenguas, las diferencias en el color de la piel, pese a los odios fratricidas que oponen por doquier a los sunitas y los chiítas, pese a las disparidades sociales, que van desde el trabajador maliense que vacía los cubos de basura en Francia hasta el emir de Qatar que compra el patrimonio histórico francés, existe una comunidad desterritorializada que, con sus problemas, permanece unida y cohesionada por un único texto sagrado.

No podría, pues, contestar a su pregunta más que refiriéndome a Francia, que es el caso que más o menos conozco. Me costaría en efecto teorizar sobre lo que sería válido tanto para la megalópolis indonesia como para la aldea tribal africana, para el profesor de teología que enseña en la Universidad de Al Azhar en El Cairo y para la joven escolar fracasada nieta de argelinos y nacida en Francia hace quince años.

En lo que atañe a Francia (con cuyos musulmanes no se solidarizan, según me han dicho, muchos de los que he conocido en países islámicos, a causa de su odio a Francia, que les parece infundado), no hay que instrumentalizar el islam —¡qué siniestra perspectiva!—, sino decirle cuál es su lugar en la República.

La Ley de separación de las Iglesias y el Estado es la ley de una época. De 1905, hace más de un siglo. Como todas las leyes, esta obedecía a una configuración histórica particular, en la cual el cristianismo era dominante intelectual y espiritualmente. Imponía su ley en las escuelas, los hospitales, las familias, la vida cotidiana, la política, el mundo cultural y el de las ideas. La laicidad de entonces quería separar lo que era de César y lo que era de Dios. En aquella época, el islam en Francia no existía.

Un siglo más tarde, el cristianismo se ha desmoronado. Se ha vuelto minoritario. De la ley de 1905 al matrimonio homosexual de 2013, pasando por la legalización del aborto y la abolición de la pena de muerte, Francia se ha descristianizado. En parte a causa de la demografía, la espiritualidad activa en Francia se ha vuelto menos judeocristiana que musulmana.

En Francia hay una posición de principio que ignora lo real y una posición pragmática que ignora los principios. La primera defiende la laicidad como si fuera una religión, es el laicismo: la ley es intangible, está grabada en mármol, no se puede tocar, es como para un devoto el crucifijo o la eucaristía. El principio se respeta, pero lo real sigue su camino y ya no se puede vivir según ese principio.

La segunda posición es irenista: es islamólatra y esencializa el islam para convertirlo en la religión de los oprimidos por el Capital. Una determinada izquierda se apunta, pues, a ser compañera de viaje de ese islam idealizado, deshistorificado, ideologizado, porque ofrece una formidable perspectiva revolucionaria para acabar con el mundo capitalista.

Ahora bien, yo no suscribo ninguna de esas dos religiones, laicismo e islamolatría, pues ambas ignoran la realidad. Por una parte, en efecto, existe una comunidad musulmana que, legítimamente, reivindica el derecho a practicar dignamente su religión. Por otra parte, existe en el islam una fracción minoritaria pero activa que, ciertamente, quiere acabar con el capitalismo (aunque no está tan claro), pero que también quiere acabar con los valores de la República: libertad, igualdad, fraternidad, laicidad, feminismo.

Necesitamos, por lo tanto, una ética de convicción asociada a una ética de responsabilidad. Cerrar los ojos ante las reivindicaciones del islam no hará que desaparezcan; cerrar los ojos ante el peligro de determinado islam tampoco hará desaparecer ese peligro. Debemos pensar como hombres de acción y actuar como hombres de pensamiento, por utilizar la fórmula de Bergson. ¿Qué quiero decir con eso?

Proponer un contrato social con el islam en Francia para que haya un islam de Francia. Ese islam debería elegir aquello que, en el Corán, en los hadices del Profeta, en la biografía de Mahoma (la Sira), en el islam y en la historia de los musulmanes se muestra claramente compatible con los

valores de la República que acabo de enumerar. En tal caso (lo cual supone renunciar a lo que justifica el odio y la sangre en nombre del islam), la República da lo que tiene que dar: proporciona una formación a los imanes, un salario, vigila los sermones para que sean republicanos, financia los lugares de plegaria, asegura la protección de los musulmanes.

Todo eso se financiaría con una aportación al culto cobrada en función de las confesiones, reservando una casilla para el ateísmo o el agnosticismo en la declaración de renta. Estas cantidades se asignarían proporcionalmente a las confesiones, y el ateo si lo desea podría destinar su óbolo a actividades culturales o a las logias de la masonería.

Esta financiación republicana impediría la financiación confesional procedente de países donantes de fondos que exigen a cambio colocar a unos imanes que pronuncian discursos que les son favorables. La realidad es esta: el islam en Francia está financiado por países que no tienen ninguna razón para amar a Francia. Se trata entonces de dirigirse a la comunidad musulmana para que la República le parezca algo deseable y para que la República llegue a un acuerdo con un islam que también a ella le parezca deseable.

Le recuerdo que el Corán no exige que uno se someta a él sino en los casos «justos»...

En efecto, pero ¿qué hacer cuando Mahoma ya no está? ¿Cuando solo tenemos un texto? ¿Cuando solo tenemos sus palabras? ¿Y cuando ese texto dice cosas contradictorias? ¿Y cuando también las palabras son contradictorias? ¿Y cuando los comentaristas de las palabras contradictorias también dicen cosas contradictorias?

El islam está condenado no a la sumisión, ni siquiera a invitar a los suyos a la sumisión, sino a un trabajo de reflexión. En un texto está el espíritu y la letra, y no se puede jugar con el uno sin el otro, o en contra del otro. Porque ¿quién dice qué es el espíritu si no es a partir de la letra? Asimismo, ¿quién dice qué es la letra y qué es lo que dice si no es el que lee la letra? Por eso mantengo a la misma distancia a los literalistas que ignoran el contexto y a los contextualistas que ignoran la letra. El literalista produce

el fundamentalismo, que confunde el espíritu con la letra, y solamente lee lo que está escrito. En cambio, el contextualista no lee lo que está escrito y a veces quiere incluso ver lo contrario de lo que está escrito.

Cuando Malek Chebel, partidario de un islam ilustrado, traduce el Corán, a veces le hace decir lo contrario de lo que dice para suprimir todo aquello que demuestra que ciertos textos son incompatibles con la modernidad democrática. Así, cuando el texto dice (VIII): «Cuando Dios quería manifestar la verdad por sus palabras y *exterminar* a los incrédulos hasta el último» (traducción de Jean Grosjean), o bien: «El Señor sin embargo ha querido probar la verdad de sus palabras, y *exterminar* hasta el último de los infieles» (traducción de Kasimirski), o bien: «El Señor sin embargo ha querido probar la verdad de Sus palabras, y *exterminar* hasta el último de los infieles» (traducción de Hadj Noureddine Ben Mahmoud), o bien: «Alá quería realizar la Verdad, por su sentencia y *exterminar* hasta el último de los infieles (traducción de Régis Blachère), Malek Chebel dice: «Alá ha querido que la verdad triunfe imponiendo Su verbo y *erradicando* a los descreídos». *Exterminar* no es *erradicar.* Además, ¿qué es *erradicar* a un hombre? En cambio, todo el mundo comprenderá lo que es *exterminarlo*...

¿Cómo definiría usted el estatus del Corán? ¿Un texto «divino» en su contenido y en su forma? ¿O «humano» por su lenguaje?

El Corán es un texto humano del cual los hombres han dicho que era divino, sagrado. Como filósofo, yo no puedo creer que un texto sea divino... Primero habría que creer en la divinidad; luego habría que creer en una divinidad que habla árabe; también habría que creer en una divinidad que dicta a un tercero y se hace entender por él como podrían hacerlo los humanos; finalmente habría que creer en un tercero que permitiera a un hombre, del que por otra parte se dice que es un camellero que no sabe escribir, que escribiera a su dictado. Pero creer no tiene límites y supone ignorar la razón, lo razonable y lo que los separa de lo insensato.

Los historiadores del texto dicen que hay al menos tres tiempos en dos periodos históricos para una misma revelación: La Meca y Medina. Asimismo, hubo al parecer varios redactores que escribieron en pedazos de

cuero, cascos de cerámica, hojas de palma, omóplatos o costillas de camello... También habría que contar con personas, siete según dicen, que conservaban en la memoria lo que se había dicho. En cualquier caso, lo cierto es que no queda ningún texto contemporáneo de Mahoma. Una primera recopilación tiene lugar con Abu Bakr tras la batalla de Agrabah. Otras cinco o seis fueran realizadas al mismo tiempo. La unidad es obra del tercer califa, Otmán: clasifica las suras no según el orden cronológico, sino según su longitud decreciente, salvo la primera, que se convierte en la plegaria típica del islam. Esta versión será luego perfeccionada desde el punto de vista de la escritura. Y hoy es la vigente. Por lo tanto, es un texto histórico, aunque sagrado. Pero lo sagrado es obra de los hombres que así lo deciden más que de Dios.

El pensamiento islámico debe encontrar su camino entre una lectura estricta del Corán y una interpretación por definición incierta...

En general, se hace del Corán una lectura ideológica; supone que a priori, antes incluso de abrir el libro, el lector quiere encontrar en el texto precisamente aquello que busca, puesto que allí está todo y puede extraerse según la necesidad ideológica o política: uno aislará lo que permite un islam de paz, otro lo que justifica y legitima un islam de guerra.

En cualquier caso, los que hoy se reclaman de él, conocen poco o mal el libro sobre el cual han construido su vida. Y lo mismo ocurre con muchas personas que, en Francia, disponen de una opinión sin haberse informado previamente. Le daré dos ejemplos.

El primero: durante un tiempo compartí programa, en una televisión regional, con el representante turco de la comunidad musulmana de una subprefectura de la Baja Normandía, poco antes de los atentados del 7 de enero. Después del programa en directo, en los pasillos, ¡me preguntó quién había escrito... el Corán!

El segundo: en el plató del noticiario más importante de Canal +, Alain Juppé afirmaba que el islam era compatible con la República. Unos segundos más tarde, le pregunté si había leído el Corán. ¡Me contestó que no! Ese hombre que ha sido primer ministro y varias veces ministro, responsable de un gran partido, la Agrupación por la República, y que es

alcalde de Burdeos, una de las principales ciudades de Francia, ese hombre que ha sido ministro de Asuntos Exteriores, es decir, el representante de Francia en el extranjero, incluidos los países musulmanes, donde ha encarnado la diplomacia francesa, esa persona que ahora es candidato a las primarias para las presidenciales de 2017 y que podría muy bien ser el candidato de la derecha republicana en esas elecciones, ese hombre no ha leído el Corán, y aun así tiene una opinión formada sobre el islam...

He tenido varias veces ocasión de medir hasta qué punto la incultura en la materia no impedía a periodistas o a otros individuos dar una opinión tajante aunque en absoluto legítima.

Lo primero que se le puede exigir a un musulmán es que conozca su religión, su texto sagrado, la vida de su Profeta, sus dichos y sus hechos: sería lo mínimo que se podría pedir antes de planear un intercambio, un debate... Luego se le podría exigir lo mismo a cualquiera que formulase una opinión. ¿Quién toleraría que una persona pudiera decir que no le gusta *La cartuja de Parma* sin haber leído la novela? ¿O que le desagrada la pintura de un artista de quien no ha visto ni una sola obra? ¿O que no le gusta la cocina de un gran chef sin haber probado nunca sus platos?

¿Cómo enfrentarse al oscurantismo y al autoritarismo de ciertas élites políticas demasiado sometidas a instituciones religiosas?

Tan pronto como el islam se vuelve político, la catástrofe está casi asegurada... Mientras sigue siendo un asunto íntimo, personal, que solo afecta a las relaciones de uno mismo con uno mismo, mientras proporciona a la persona una identidad, unas raíces, unos puntos de referencia, una brújula intelectual, espiritual, moral y filosófica, es defendible y debe recibir apoyo y ayuda. No hay nada que decir contra un islam vivido de forma íntima, personal, subjetiva.

Cuando se vuelve político, deja de ser un asunto de uno mismo con uno mismo para convertirse en un asunto entre uno mismo y los demás. Entonces, implica obligaciones y deberes para con el prójimo, ordena al otro que haga tal cosa y que no haga tal otra, que se vista así y no asá, que coma esto y no aquello, que beba esto y no aquello otro, que piense así y no asá, que se comporte de tal manera y no de tal otra.

Implica dar órdenes a los demás, pero también castigarlos severamente si no obedecen: los niños deben renunciar a la cometa, los jóvenes a la música, los adultos a los juegos de sociedad, las mujeres a los cabellos libres y a las faldas cortas, los hombres al alcohol; el ramadán es obligatorio, las cinco plegarias también, igual que la peregrinación, sin olvidar la limosna y el ayuno.

En estos casos, no están lejos los latigazos, tampoco las manos cortadas, pero también los ahorcamientos públicos, las caras atacadas con vitriolo en caso de maquillaje, la cárcel, los golpes, los malos tratos. Y hasta la muerte. La sura que prescribe que no debe haber coacción en materia religiosa queda muy lejos. Y también parece muy lejano el «Dios misericordioso» invocado al principio de todas y cada una de las suras del Corán.

CONCLUSIÓN

Para no concluir

El viernes 13 de noviembre, en París, el terrorismo islámico volvió a actuar, como sabemos. Estadio de Francia, Bataclan, terraza de un café. Me enteré en América del Sur cuando estaba a punto de finalizar una gira de conferencias en Chile, Brasil y la Guyana. Me encontraba en Cayena, era un horno, el ayuntamiento estaba abarrotado cuando me dieron la noticia. La compartí con la sala en tiempo real. Con cuatro horas de diferencia, eran las 9.30 hora local, o sea la 13.30 en la metrópoli. Si no hubiera sentido ninguna compasión, no habría dicho nada. Tengo 500 personas que pueden atestiguarlo, entre ellas varios periodistas. Al volver a mi hotel, leí mis mensajes. Me solicitaban varios medios, televisiones, radio, prensa escrita. Primero *Le Soir* en Bélgica, el *Corriere* en Italia, el *Stern* en Alemania; después, a medida que fue pasando el tiempo, en Suiza, Dinamarca, Chile, Marruecos, España, etcétera. Como también me había contactado *Le Point* para un número especial que debía aparecer al cabo de tres días, el lunes, le di la primicia; deseaba que desde París su redacción gestionara la difusión internacional de mi texto después de su publicación en Francia. He aquí la versión redactada el sábado 14 de noviembre a las 10 de la mañana hora guyanesa (las 14.00 en la metrópoli). No he añadido ni quitado nada:

Tras el anuncio de los atentados esta noche en París usted ha escrito en su cuenta de Twitter lo siguiente: «La derecha y la izquierda que han sembrado internacionalmente la guerra contra el islam político recogen nacionalmente la guerra del islam político». ¿No le parece que acusa usted a la víctima en vez de al culpable?

El trabajo del periodista es comentar lo que acontece, el del filósofo es poner en perspectiva lo real con las condiciones que han hecho posible lo que acaece. El jefe del Estado habla de «acto de guerra». Los republicanos y el Partido Socialista también. Todo el mundo parece reconocer por fin que se trata de actos de guerra. ¡Ya es un progreso! Hace poco aún se hablaba de actos cometidos por desequilibrados, gente con un pasado psiquiátrico, lobos solitarios. Puesto que se trata de guerra, hay que pensar en esa guerra. El periodismo televisivo está menos interesado en pensar la guerra que en mostrar el espectáculo del terror y comentarlo, contentándose con decir lo que todo el mundo ve en la pantalla. El filósofo se pregunta de dónde viene. ¿Quién la ha declarado? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Quiénes son los beligerantes? ¿Cuáles son sus razones? Por lo tanto, hay que salir del tiempo corto del periodismo, que vive de la emoción, para entrar en el tiempo largo de los filósofos, que vive de la reflexión. Lo que se produjo el viernes 13 de noviembre es sin duda alguna un acto de guerra, pero que responde a otros actos de guerra cuyo momento inicial es la decisión de destruir el Iraq de Sadam Husein por parte del clan Bush y sus aliados hace un cuarto de siglo. Francia forma parte desde el principio, salvando el honroso episodio chiraquiano, de la coalición occidental que declaró la guerra a unos países musulmanes. Iraq, Afganistán, Mali, Libia... Estos países no nos amenazaban en absoluto antes de que nosotros les negáramos su soberanía y la posibilidad de instaurar en su casa el régimen de su elección. Francia no tiene la vocación de ser el gendarme del mundo y de intervenir según su capricho en tal o cual país para prohibir allí las decisiones que se tomen.

¿Atribuir la responsabilidad al Estado francés, que está militarmente comprometido en Siria, no es una manera de disculpar a los terroristas?

No. Es preguntarse qué significa hacerle la guerra a un pueblo que es el de la comunidad musulmana del planeta, la *umma*. ¿Acaso Francia es tan ingenua como para imaginarse que puede declarar la guerra a países musulmanes sin que estos respondan? El primer agresor es occidental, y le remito a la historia, no a la emoción. Incluso es identificable: se trata de George Bush, que se inventa unas hipotéticas armas de destrucción masiva

para atacar Iraq en 1990, un ataque al cual Bin Laden responde con el Once de septiembre. Le recuerdo que antes de esa fecha el mismo Bin Laden colaboraba con los servicios secretos estadounidenses contra los soviéticos que habían invadido Afganistán. La situación en la que nos encontramos procede pues de una larga cadena causal que el filósofo debe describir. El acto terrorista en cuanto tal es el último eslabón de esa cadena.

¿De veras considera usted a los terroristas como militantes del islam político?

¿Como qué, si no? ¿Como poderosos lobos solitarios, como inevitables desequilibrados, como insoslayables enfermos con un pasado psiquiátrico que gritan todos eslóganes del islam radical en el momento de cometer sus fechorías pero que nada tienen que ver con el islam? Todos están fichados como miembros del movimiento islámico radical, ¿y eso no es islam político? Negarlo supondría una ceguera culpable, peligrosamente culpable. Se trata efectivamente de la franja radical y política del islam salafista. Empecemos por llamar a los protagonistas por su nombre.

¿Su radicalización obedece a una elección racional?

Naturalmente. Es una guerra que libra el islam político con tanta inteligencia como Occidente libra la suya, pero con menos armas o con unas armas distintas de las nuestras: cuchillos en vez de portaaviones, kaláshnikovs de 500 euros en lugar de aviones furtivos que cuestan millones de dólares. Tienen sus teólogos, sus ideólogos, sus estrategas, sus tácticos, sus informáticos, sus banqueros y sus intendentes militares. También tienen sus soldados, aguerridos y determinados, invisibles pero presentes en todo el planeta. Varios miles, según dicen, en Francia. Tienen planes. Disponen asimismo de una visión de la historia, cosa que nosotros somos incapaces de tener, ensimismados en nuestro materialismo trivial que obedece a las artimañas electorales, a las mafias del dinero, al cinismo económico y a la tiranía del instante mediático. El califato ha expuesto claramente sus intenciones. Pero nuestra negación es culpable. Negarles el derecho a decir que son un Estado islámico mediante la exhortación políticamente correcta de decir que se trata de Daesh (que es el acrónimo de

Estado Islámico en árabe), convertirlos en bárbaros (cuando hacen con sierras mecánicas y martillos neumáticos lo que Occidente hace con aviones furtivos) —le recuerdo que una parte de los sitios arqueológicos mesopotámicos han sido destruidos por los bombardeos estadounidenses sin despertar ninguna emoción internacional—, calificarlos de terroristas (cuando evidentemente matan a víctimas inocentes con kaláshnikovs o con cuchillos, pero Occidente hace lo mismo a mayor escala con bombas lanzadas desde gran altitud sobre pueblos enteros, unas bombas que matan a mujeres y niños, ancianos y hombres que no tienen más culpa que la de vivir en el país asociado al «eje del mal»)..., todo eso hace que subestimemos absolutamente su verdadera naturaleza, que no hay que desdeñar. Sobre todo si queremos que algún día haya una solución diplomática, que es lo que yo deseo.

Incluso sin una intervención en Siria, ¿no cree usted que Daesh habría atacado Francia de todos modos?

Yo no hago política ficción suponiendo lo que habrían hecho unos países para justificar que de forma preventiva se les bombardease para impedirles hacer lo que se supone que habrían hecho. La famosa «guerra preventiva» de Bush y los suyos procede de ese tipo de juicio de intenciones que justifica el ataque porque uno ha decidido atacar. Cuidado con hacer demasiado poco con lo que es y demasiado con lo que podría ser. Además, no es Siria lo que estamos pagando, sino Iraq y sus consecuencias, de las cuales Siria es la parte más reciente y, por tanto, la más visible mediáticamente de esa guerra declarada en 1990; para su información, justo después de la caída del Muro de Berlín, es decir, en la perspectiva de reconstrucción del mundo por los estadounidenses a su gusto una vez se hubieron desembarazado de la Guerra Fría...

En su comunicado de reivindicación del atentado, Daesh habla a propósito de las víctimas del Bataclan de «centenares de idólatras en una fiesta de perversidad». ¿Esa gente no odia ante todo lo que somos?

Se trata en efecto de una guerra de civilizaciones. Pero lo políticamente correcto francés prohíbe que se diga desde que Samuel Huntington lo analizó brillantemente en 1993. La civilización islámica a la cual remite Estado Islámico es una civilización puritana. Le hago observar que su pregunta permite comprender que Francia tiene una «identidad nacional» que se ve mucho mejor cuando la identidad islámica la pone en evidencia en el contrapunto histórico del momento. Pero como también es ideológicamente criminal referirse a la identidad francesa, durante mucho tiempo no se ha podido decir que existía en efecto un modo de vida occidental y que no era el modo de vida islámico. Los partidarios del multiculturalismo confiesan que sí, que hay varias culturas y que entre ellas algunas defienden el rock y las veladas festivas, mientras que otras ven ese mismo acontecimiento como una «fiesta de la perversidad». ¿Son todas las culturas igualmente válidas? Los partidarios de lo políticamente correcto afirman que sí. Por mi parte, tiendo a considerar superior una civilización que permite que se la critique a otra que lo prohíbe y castiga con la muerte cualquier reticencia hacia ella.

¿Ve usted en ese acontecimiento la realización de la profecía de Camus en La peste*: «La peste despertaría a esas ratas y las enviaría a morir a una ciudad feliz»?*

En efecto, *La peste* acaba con esa invitación a tener cuidado con el despertar de todas las pestes, es decir, de todas las ideologías que exterminan a los que las rechazan. En aquella época, los defensores de la peste del momento, los totalitarismos rojo y pardo, entre ellos Sartre, se lo reprochaban. Los defensores de la peste actual, herederos del *software* sartriano, muestran la misma ceguera ante esta verdad expresada por Camus: la peste en efecto regresa. Pero las primeras ratas son visibles desde hace tiempo en la ciudad... Los que han anunciado su presencia han sido crucificados al mismo tiempo que la enfermedad se extendía.

¿Debe Francia desolidarizarse de la coalición internacional comprometida en Siria y en Iraq?

Yo soy efectivamente partidario de un replanteamiento total de la política exterior francesa. Si continuamos con esa política agresiva hacia los países musulmanes, ellos continuarán respondiendo como lo están haciendo. Enviar tropas terrestres a Siria sería echar más leña al fuego. Francia debería abandonar esa política neocolonial e islamófoba alineada con Estados Unidos. Debería retirar sus tropas de ocupación de todos los lugares implicados. Debería tomar la iniciativa de una conferencia internacional destinada a constituir un frente diplomático capaz de negociar una neutralidad asociada a un respeto por la soberanía política de cada uno de esos países, que tienen derecho a hacer lo que deseen en su territorio sin que nosotros se lo impidamos. ¿En nombre de qué, además, les negamos el derecho a determinarse como quieran y conforme a sus razones? Para no abordar esta pregunta, preferimos decir que estamos actuando contra el terrorismo cuando lo que hacemos en realidad es crearlo, pues no existía antes de que lo hiciéramos surgir con estos procedimientos. Entonces podría firmarse una tregua entre Estado Islámico y Francia para que su ejército durmiente en nuestro territorio depusiese las armas. De Gaulle en su época propuso a los combatientes por la independencia de Argelia la «paz de los valientes». Cuando Jean-Pierre Chevènement dimitió del gobierno Rocard el 29 de enero de 1991 para desolidarizarse de Mitterrand, que es quien inaugura esa política exterior de la que hoy recogemos los frutos, estaba indicando el camino que había que seguir. Por desgracia, fue vilipendiado por los medios y por los intelectuales, que justificaron esas guerras que hoy se nos vuelven en contra en nuestro propio territorio. Jean-Pierre Chevènement sería el hombre adecuado para pilotar en nombre de Francia esa política de repliegue militar. Doy el nombre de Jean-Pierre Chevènement a título absolutamente personal porque es una persona que tiene el sentido de la historia, la experiencia política, la cultura adecuada y el conocimiento concreto de los países en cuestión.

Los atentados de Charlie Hebdo *y del supermercado kósher suscitaron un movimiento de unidad nacional. ¿Cree usted que ocurrirá lo mismo después de la tragedia de esta noche? ¿Teme usted una guerra civil?*

No creo que la pequeña política propuesta por Hollande pueda tener ningún peso en la historia. Necesitaríamos una gran política de la cual Hollande no es capaz, de la que nunca fue capaz y de la que jamás será capaz. Estado de emergencia, banderas a media asta, minutos de silencio, cierre de lugares públicos, movimientos de mandíbula mediáticos, teléfono de contacto gratuito, crespón en las banderas..., todo eso está bien para una pequeña política cortoplacista, pero no es sin duda la gran política que Francia necesita ahora. Temo que grupúsculos de extrema derecha, la auténtica, no la que la política partidista instrumentaliza asociándola a Marine Le Pen, se armen, se constituyan en milicia, efectúen operaciones de comando, incendien mezquitas, cometan atentados, agresiones xenófobas y otros crímenes y delitos para desestabilizar la democracia. Pues recordemos que, en estos tiempos en que la expresión «extrema derecha» solo se utiliza con finalidades electoralistas por parte de los liberales de derecha y de izquierda, la extrema derecha es eso. Me remito no a la ideología partidista del momento sino a la historia. Recordemos las SA nazis, la milicia de Vichy, la Falange franquista, la KESA de la Grecia de los coroneles, eso sí que era extrema derecha. La extrema derecha siempre es paramilitar, opera a través de comandos y, a diferencia de aquella con la que los políticos se asustan unos a otros y los comunicadores hacen su agosto, actúa fuera de la legalidad.

¿Piensa usted que esta tragedia creará malestar con la comunidad musulmana asentada en Francia?

Desgraciadamente, me temo que sí. Me lo temo tanto más cuanto que hay muchos individuos que tienen interés en hacer que se derrumbe el sistema democrático en Francia, desde la extrema izquierda a la extrema derecha, la auténtica, y azuzar a los franceses contra el conjunto de su comunidad musulmana resulta fácil y, por desgracia, exige poco esfuerzo.

¿Estamos de verdad en guerra?

Sí, desde mucho antes del viernes 13 de noviembre... Si tuviera que dar una fecha, recordaría cómo fue abatido el miembro del GIA argelino Khaled Kelkal, autor del atentado en la estación de cercanías de Saint-

Michel el 29 de septiembre de 1995, y otras operaciones comando. Yo escribí entonces en el *Globe* que si se abordaba el problema así, se iba directo a la catástrofe. En ella estamos. Porque la peor respuesta a la violencia es la violencia.

Frente a esta situación, ¿el pueblo francés tiene suficientes anticuerpos para resistir sin desgarrarse?

En los franceses hay un fervor sin objeto. A falta de un gran proyecto político al que les gustaría aspirar y al que se adherirían sin reservas si se lo ofrecieran, el pueblo se ve forzado a las palinodias: repetir eslóganes infantilizantes, asistir a manifestaciones sin reivindicación alguna, encender velas y ponerlas en la ventana, depositar flores, escribir poemas, hacer fotos (cuando no *selfies*) de los lugares del drama. A lo que hay que añadir hoy el lamentable «*Pray for Paris*». ¿No tenemos de verdad nada más que hacer y que proponerle al pueblo que rezar? Los anticuerpos están a nuestra disposición, pero falta una ocasión histórica para que cristalice esa fuerza que solo está esperando una forma. El reclinatorio no puede ser el único horizonte de la política internacional de Francia.

¿Tiene usted confianza en François Hollande para superar esta nueva prueba?

En absoluto.

El tuit generó abundantes reacciones negativas. Bajo la capa de plomo mediática que pesa sobre Occidente como antes el peso de la policía política en las dictaduras, la compasión es la ley. Los que encienden velas, los autores de versos ripiosos, los fotógrafos de sí mismos, los dóciles a los eslóganes, no conciben que se pueda optar por otra cosa que no sea su gesto, contra el cual no tengo nada. Algunos de ellos no se imaginan que uno pueda querer ejercer su profesión de filósofo. Como ahora todo el mundo se autoriza a sí mismo a dar su opinión, resulta inaceptable que el que piensa el acontecimiento trate de hacerlo en tiempo real. Habría tenido que respetar un plazo de decencia y empezar a pensar más tarde. ¿Cuándo, por cierto? ¿A partir de qué momento? ¿Quién debería haber establecido el plazo? ¿En nombre de qué? ¿Acaso se pide un plazo de decencia al soldado,

al militar, al guerrero, al ministro, a los responsables de la Defensa Nacional para pensar aquí y ahora y actuar en consecuencia? ¿Habrá que pedir autorización para pensar cuando el poder mediático exige la compasión?

También habría debido tener en cuenta a las familias de las víctimas. Claro que sí. Pero, primero, me temo que esas pobres familias desoladas tienen otras cosas que hacer ahora mismo que pasearse por la tuitosfera e indignarse, entre millones de tuits, por uno u otro, aunque sea el mío. Además, es despreciar a esas familias pensar que lo único que quieren son velas, flores, poemas y *selfies*. También pueden querer comprender por qué ocurren así las cosas que han ocurrido y cuáles son las causas cuyos efectos les han arruinado la vida.

A menudo la compasión impide pensar, mientras que pensar no impide la compasión. Uno puede optar también por una compasión contenida, privada, íntima, y no considerar digna esa exhibición de lágrimas, gritos, llantos, sollozos, y todo en presencia de cámaras y fotógrafos. La exhibición de la compasión no es necesariamente una prueba de compasión, pero sí lo es siempre de exhibición. Después de La Rochefoucault y los moralistas franceses, Nietzsche nos ha enseñado a desconfiar de la compasión: a menudo es una de las modalidades del amor a uno mismo: ¡Dios, qué grande se siente uno cuando se hace pequeño! ¡Dios, qué orgulloso está uno cuando exhibe su modestia! ¡Dios, qué egoísta es uno cuando convierte en espectáculo su amor por los demás! Dejemos a un lado el narcisismo de nuestra época, que hace de la exhibición del *pathos* un valor superior al ejercicio del pensamiento.

Voy a prescindir de la incapacidad de muchos periodistas y de los individuos que los imitan para leer lo que está escrito y ver solo lo que les gustaría que uno escribiera. Después de haber sido presentado como un islamófobo por la prensa de izquierdas, que ve a la víctima en el verdugo y el verdugo en la víctima, después de haber sido copiosamente vilipendiado por la misma prensa, con *Libération* y *Le Monde* a la cabeza, acusándome de «hacerle el juego al Frente Nacional» (ellos, que cumplen brillantemente este papel desde 1983), ¡me he visto presentado como cómplice de Estado

Islámico! ¡Qué cosas! Un islamófobo que le hace el juego al FN y es cómplice a la vez de Estado Islámico! Debe de tratarse o bien de una patología mental por mi parte (y acepto de buen grado un peritaje psiquiátrico), o bien de una patología mental por la suya (y sobre eso tengo mi propia opinión).

¿De qué sería culpable? De haber hecho de Estado Islámico un Estado islámico. Porque ese Estado no es un Estado, según dicen; de la misma forma que tampoco es islámico. ¿Qué bombardean entonces, si no es un territorio en el cual reina una ideología, un derecho (la *sharia*), un ejército, una policía, una bandera, una divisa, una moneda (el fulus de cobre, dírhams de plata y dinares de oro)? No existe ningún Estado islámico, nos dice el Estado francés, sino Daesh. Muy bien. Pero ¿qué es Daesh? El acrónimo de Estado Islámico de Iraq y el Levante (EIIL), literalmente «Estado Islámico de Iraq y de Al Sham», en inglés ISIS, que es lo que significa el acrónimo árabe *Daesh*. Estado Islámico no existe, ni es un Estado ni es islámico, pero existe Daesh, que dice, aunque en lengua árabe, que sí existe un Estado islámico, que es un Estado y que es islámico. ¿Hay que llorar, hay que reír? Rabelais le hacía decir a Pantagruel «Si los signos os molestan, ¡cómo os molestarán las cosas significadas!».

Además, parece ser que les he dado carta de naturaleza a sus soldados al decir que eran... soldados. ¡Me dicen que es preferible llamarlos «terroristas»! No hace mucho, esta palabra estaba prohibida. Incluso he leído con frecuencia, y todavía hoy, la expresión «presuntos terroristas» para hablar de asesinos confesos. Actualmente, el Estado francés ha decidido que hay que utilizarla y que quien no la utilice les hace el juego a los terroristas. Ahora bien, *terrorista* también es históricamente una palabra que utilizan los poderes instituidos para descalificar a los combatientes que se les oponen.

Estado Islámico dispone de soldados, se quiera o no, dispuestos a morir por su Estado. Y entre ellos, en la comunidad desterritorializada, hay ciudadanos franceses y otros francófonos, un 20 por ciento según he leído. Sus armamentos no son los de Occidente, y mejor para nosotros, pero en este mundo, desde que la humanidad existe, las maneras de hacer la guerra no son tantas: se trata de derramar la sangre del enemigo, y la guerra total

hace del que vive en el territorio atacado un enemigo, haga lo que haga, diga lo que diga y piense lo que piense. Sabemos que este terrorismo islámico se cobra víctimas musulmanas, los terroristas lo saben, pero no es su problema.

El mismo Estado francés con sus comunicadores y sus redes mediáticas había decidido, antaño, que quien hablara de «guerra» para referirse a la situación o a la que pudiera resultar en un futuro sería considerado cómplice, una vez más, de Marine Le Pen. Anunciar que estábamos en guerra o que íbamos hacia un estado de guerra era incluso precipitarla, o hasta crearla. El pensamiento mágico consistente en hacer responsable y culpable de la muerte al mensajero que trae la noticia ha transformado en apestados, cuando no en neofascistas, a una serie de intelectuales que hacían su oficio. Entre ellos a mí. Otros, por su parte, me han hecho observar que los terroristas no son los representantes del islam político, cosa que ya sabía. Pero costará que me hagan creer que los terroristas no representan una de las modalidades del islam político. Buscar los tres pies al gato semántico reprochando una cosa, so pretexto de que no se ha denunciado en un texto que habla de otra, es un procedimiento que conozco bien. Esta forma de actuar pretende hacer creer que el terrorismo no tiene nada que ver con el islam político: el reproche que me hacen designa al que piensa que los terroristas no son musulmanes. ¡Nada de amalgamas!

Siempre estamos, pues, ante la misma lógica de denegación: Estado Islámico no es un Estado y no es islámico; los terroristas no son terroristas, pero decir «los soldados de Daesh» es ser culpable porque hay que decir terroristas; hablar del islam político sería decir que los terroristas encarnan todo el islam político, cuando el islam no tiene nada que ver con la política, aunque haga política en todo el planeta y en todos los países donde impera la *sharia*. ¡Qué complicado se ha vuelto pensar cuando las palabras ya no quieren decir nada!

Otra observación: Francia ha sido golpeada por «lo que es» y no por «lo que hace». ¿Lo que es? Una imagen, un cliché. Ese texto sacado, según dicen, de *The New York Times* ha circulado mucho por la red y yo por supuesto lo he recibido: «Francia encarna todo lo que detestan los fanáticos religiosos del mundo: la alegría de vivir representada por una infinidad de pequeñas cosas: el aroma de una taza de café y unos cruasanes por la mañana, mujeres guapas con un simple vestido sonriendo libremente por la calle, el olor a pan caliente, una botella de vino que se comparte entre amigos, unas gotas de perfume, los niños jugando en los Jardines de Luxemburgo, el derecho a no creer en ningún dios, a burlarse de las calorías, a flirtear, a fumar y a gozar del sexo fuera del matrimonio, a tomarse unas vacaciones, a leer cualquier libro, a la escuela gratuita, a jugar, reír, pelearse, burlarse de los prelados y de los políticos, a no preocuparse de la vida después de la muerte. Ningún país de la Tierra tiene mejores definiciones de la vida que los franceses».

Pero entonces, ¿por qué Suiza, Irlanda, Finlandia e Islandia, países en los que también hay cruasanes y café, alcohol y gastronomía, amigos y adulterios, mujeres guapas y niños en los parques, ateos y perfume, librerías y escuelas públicas, no han tenido que deplorar ni una sola explosión terrorista en nombre de la ideología islámica? Pues porque esos Estados no bombardean a los países musulmanes, contrariamente a lo que hace Francia.

Creer y afirmar que el terrorismo ataca a Francia solamente por «lo que es» y no por «lo que hace» es un error. Primero, porque el esencialismo no es buena cosa, Francia es una plurivocidad histórica: es Robespierre y Cadoudal, la Comuna y Thiers, Pétain y De Gaulle, Sartre y Camus, los portadores de maletas del FLN y los militantes de la Organización del Ejército Secreto (OAS, por sus siglas en francés), Giscard y Mitterrand. Y después, porque esta forma de actuar redime de lo que se hace. Es más: con la hipótesis de que Francia es golpeada por lo que es y no por lo que hace se justifica que pueda seguir haciendo lo que hace, es decir, bombardear, bombardear y bombardear. Si se afirma que el país es atacado por lo que es, entonces no es posible ninguna solución diplomática, y la única respuesta

adecuada es la guerra. Y la guerra hasta la destrucción final de los habitantes de Daesh. Ahora bien, la guerra sola es la peor de las soluciones cuando no se ha hecho todo lo posible para impedirla.

¿De qué han servido todas esas ceremonias ante los monumentos a los muertos años después, para llegar a la conclusión, millones de muertos más tarde, de que la guerra fue una tontería? Así lo atestiguan los *poilus* franceses y alemanes reavivando juntos bajo el Arco de Triunfo la llama del soldado desconocido; el pensador y soldado Ernst Jünger, héroe del bando alemán en la Primera Guerra Mundial, que mataba franceses con entusiasmo y que sin embargo se halla presente al lado de François Mitterrand, presidente de la República francesa, y de Helmut Kohl, canciller alemán, para conmemorar el setenta aniversario de la Gran Guerra. Igualmente: los veteranos del Reich alemán y los de los ejércitos aliados abrazándose en el Memorial por la Paz de Caen durante los actos de conmemoración del cincuentenario del desembarco del 6 de junio de 1944. Solo el imbécil necesita que se haga la guerra para comprender que habría valido más intentar todo lo posible para que no tener que hacerla. ¿Se ha hecho todo lo posible? No. Creo incluso que se ha hecho todo lo posible para hacerla, sin haber intentado nunca nada que pudiera impedirla.

Ahora la guerra ya se da por descontada. Francia, ayer pobre, al borde de la suspensión de pagos, a dos dedos de la bancarrota, incapaz de aumentar ni un solo euro el salario mínimo —la deuda obliga—, ha encontrado milagrosamente el dinero para una guerra sin fin. ¿Cuál ha sido el truco? Como era previsible, el presidente de la República optó por responder a los atentados del viernes 13 de noviembre con más bombardeos. De la misma forma que el Gulag soviético era la prueba de que hacía falta más marxismo-leninismo para acabar con los campos de concentración, aumentar la política que conduce al terrorismo se presenta como la respuesta adecuada para obtener el final del terrorismo. Se bombardea el Estado Islámico, por supuesto. Pero los terroristas están en Saint-Denis o en el barrio de Molenbeek. Entre 500 y 1.000 (¿nada más?) están en Francia y son franceses. ¿Qué bombardearemos para aniquilar a este ejército secreto? ¿Un barrio de Saint-Denis? ¿Una ciudad belga? ¿La pequeña ciudad de Lunel, cerca de Montpellier, donde una veintena de

jóvenes, en una ciudad de 26.000 habitantes, se han ido a hacer la *yihad*? Eso demuestra que esta política de los bombardeos de Estado Islámico no es más que una respuesta de bravucón ignorante, que un día tendrá que hacer las paces con aquellos a los que se les hace la guerra y que hay que empezar por hacer todo lo necesario para no recurrir a ella si no es como último recurso.

Para justificar la guerra, además del paralogismo de que aboliría lo que crea, el terrorismo, hay que contar también con otro sofisma activado por los belicistas: el recurso a Hitler, de quien uno se pregunta realmente si de verdad perdió la guerra, a la vista de lo útil que resulta después de suicidarse. ¿Cuántas veces no hemos asistido a la asimilación de un tirano con Hitler para impedir pensar: si Sadam Husein es Hitler, como afirmaban grandes carteles en París en 1990 con el retrato del dictador, entonces no cabe titubear y hay que asesinar al tirano sin pensárselo dos veces? Pero si Sadam Husein era Hitler, entonces, ¿por qué Francia le vendía centrales nucleares mientras el rais financiaba la campaña presidencial de uno que fue presidente? Si Bashar el Ásad es Hitler, entonces, ¿por qué haberlo invitado, a él y a sus soldados, a desfilar por la avenida de los Campos Elíseos el Catorce de Julio? Si era Hitler, ¿por qué el mismo presidente de la República, Nicolas Sarkozy, también invitó a Gadafi a plantar su tienda en el parque del hotel Marigny en diciembre de 2007 antes de ofrecerle una visita guiada a Versalles? Las comparaciones son odiosas; Hitler fue Hitler, y ya con eso basta. Blandir este nombre infame sirve como prohibición definitiva de pensar. Estado Islámico no es nazi, como leemos o escuchamos de vez en cuando. Y el califa no es Hitler. Estado Islámico es lo que es, y hay que decir qué es; el califa es lo que es, y hay que decir qué es. A partir de ese momento, se puede empezar a pensar y decir lo que es, evitando afirmar que es lo que otro fue.

También me dicen que, desde hace un cuarto de siglo, ha habido que actuar aquí o allá, en Iraq y en Afganistán, en Mali y en la República Centroafricana, en Libia y en Siria, en nombre del famoso «derecho de injerencia». Parece ser que Francia tiene que mantener una cierta

reputación: la de la nación que, habiendo inventado los derechos del hombre, tiene obligación de hacerlos respetar en todo el planeta. Según esto, tendría que convertirse en el gendarme del universo e intervenir, militarmente se entiende y no culturalmente, para restablecer el orden que nosotros, Francia, consideremos alterado.

¿En nombre de qué podemos justificar que nuestra civilización sea tan superior que, de facto, merece imponerse por las armas a tal o cual otra civilización? Si este principio francés resultase universal, entonces permitiría a otras civilizaciones pensar de la misma forma y, por lo tanto, justificaría las intervenciones militares en nuestro territorio. Si lo que vale para nosotros no vale para todos los demás, entonces, ¿qué es lo que justifica esta extraterritorialidad ontológica, si no es esa locura que vestimos con un hermoso concepto sofístico: la vieja lógica colonialista?

Pues fue, en efecto, en nombre de los derechos humanos y de la civilización, y también de la Revolución francesa, pero a la vez de la economía y de la política, como Jules Ferry justificó el colonialismo francés. El 28 de julio de 1885, en la Asamblea Nacional, aquel dechado de virtudes republicanas justifica que Francia, en nombre de su superioridad, pueda imponer su ley en numerosos países del mundo con el pretexto de que debe imponerles su modo de vida por su bien.

Pero ¿cómo es que esa ley no se aplica más que en países cuyo subsuelo es interesante para Francia, o en países cuya situación geoestratégica es útil para Francia, o en países cuyo arsenal militar es lo bastante débil como para no amenazar realmente a Francia? He aquí por qué Francia, con su aliado estadounidense, bombardea unos países y no otros. Gracias a su arsenal, Corea del Norte, Cuba o, incluso, Argelia cuando el GIA causaba centenares de miles de muertos —500.000 según dicen— nunca desencadenaron el reflejo del derecho de injerencia.

Intervenir en los asuntos de un Estado hace posible que ese Estado intervenga a su vez en nuestros asuntos: ¿en nombre de qué podría justificarse que Francia pudiera intervenir en un país y que como respuesta ese país no tuviera derecho a intervenir en Francia, si no es en virtud de un

principio de superioridad y de dominio que autorice el uso de la fuerza contra ese país y prohíba que ese mismo país responda a esa fuerza con la violencia?

¿Cómo ha sido posible imaginarse que medio siglo de injerencia occidental en los asuntos de numerosos países árabes no generaría en ningún momento una respuesta según las mismas lógicas: las bombas judeocristianas aquí, los kaláshnikovs islámicos allí, la tecnología de guerra occidental aquí contra la guerrilla urbana de los terroristas allí, la gran guerra de las naciones poderosamente armadas aquí contra la «pequeña guerra» teorizada por Clausewitz allí? Mientras prime la ley del talión, no habrá derecho ni paz. Aumentar los ataques es aumentar el riesgo terrorista como respuesta, pues ninguna persona sensata negará la relación entre una cosa y otra.

El poder instituido ha decidido la guerra; ya no estamos en la época en que se decía que eso era «hacerle el juego al Frente Nacional». Manuel Valls, el bravucón en jefe, incluso ha afirmado que estaba «dispuesto a examinar todas las soluciones», incluidas las de la derecha (informativo de las ocho de TF1, 14 de noviembre de 2015). Recuerdo que el propio Valls había afirmado en Europe 1 que yo, que había sido un hombre de izquierdas, me había convertido en un hombre de extrema derecha por haber escrito en *Le Point* que «prefería una idea acertada de Alain de Benoist a una idea desacertada de Bernard-Henri Lévy, y una idea acertada de Bernard-Henri Lévy a una idea desacertada de Alain de Benoist». Ahora parece que Manuel Valls ha abrazado mi idea de sentido común: prefiere por fin ideas de derecha eficaces antes que ideas de izquierda ineficaces. No tendré la crueldad de decir que así le hace el juego al Frente Nacional y que, procedente de la izquierda, flirtea peligrosamente con las ideas de extrema derecha cuando recupera estas ideas para examinar su viabilidad: restaurar el control de las fronteras, expulsar a los imanes radicalizados, privar de la nacionalidad francesa a los que infringen los valores de Francia, detener a las 4.000 personas fichadas por terrorismo en el territorio nacional, anunciar que se procederá a recortar la Declaración de los Derechos del Hombre,

ideas a las cuales, por mi parte, nunca me he apuntado, a las que sigo sin apuntarme y a las que no me apuntaré jamás: son una cataplasma encima de una pata de palo.

Que todos esos políticos que se equivocan y que ayer ensalzaban a Bashar y detestaban a Putin y ahora detestan a Bashar y mendigan el favor de Putin, que todos esos profesionales de la política que dirigen peligrosamente la política exterior de Francia desde hace veinticinco años, exponiendo a los franceses sin poder protegerlos cuando responden aquellos a los que agreden, que todos esos ansiosos de poder que prefieren utilizar a Francia antes que servirla, que esos títeres descerebrados que tratan de fascista al intelectual que piensa teniendo en mente la historia y no su reelección, que esa gente manifieste un poco de modestia y mucho sentido de la historia reconociendo que habría valido la pena jugar la carta de la paz... Para eso hace falta menos testosterona y más materia gris. No me hago ilusiones, deseo algo que ahora ya doy por perdido. El ejercicio del pensamiento ahora ya está muerto por culpa de las balas de esta guerra. Pero no por ello hay que dejar de honrarlo. Temo —y lo siento muchísimo — que la historia me dé la razón. Preferiría equivocarme. Me habría encantado, por Francia, confesar mis errores.

Notas

1. GIGN y RAID son unidades de élite de la policía francesa: *«Groupe d'intervention de la Gendarmerie nationale»* y *«Recherche, assistance, intervention, dissuasion»*, respectivamente. *[N. de la t.]*

1. De acuerdo con la «circular Chatel», promulgada por el ministro de Educación Luc Chatel, los padres de alumnos que acompañen a los estudiantes en salidas escolares serán considerados colaboradores puntuales del servicio público de educación y, por consiguiente, les es de aplicación la prohibición de llevar símbolos religiosos ostensibles. *[N. de la t.]*

Pensar el islam
Michel Onfray

Título original: *Penser l'islam*
Publicado originalmente en francés por Editions Grasset & Fasquelle

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2016

ISBN: 978-84-493-3278-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com